

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing. The man is on the left, leaning towards the woman on the right. They are both smiling and appear to be in a bed, with a white pillow visible in the background. The lighting is warm and soft, creating a romantic atmosphere. The woman has long, wavy brown hair and is wearing a black top. The man has short brown hair and a beard. The overall scene is intimate and affectionate.

*La chica
que leía
novelas de
amor*

ELLA VALENTINE

La chica que leía novelas de amor

La historia de Amy

Las chicas de Snow Bridge #3

Prólogo



6 años antes...

Ethan cogió la jarra de cerveza que Kyle, el camarero, le acababa de dejar sobre la barra y regresó a su mesa. Aquella noche había ido a *Snowflakes*, el bar del pueblo, con sus amigos Dean y Jason. Los tres chicos habían sido compañeros de clase desde el colegio, se llevaban bien y solían quedar a menudo para compartir unas cervezas y hablar sobre sus cosas.

A Ethan le gustaba especialmente aquel bar. Era acogedor, cálido y el hilo musical era muy bueno.

Acababa de sentarse de nuevo en su sitio cuando la puerta del bar se abrió y vio entrar a las que habían sido las dos mejores amigas de su hermana Sophie antes de que esta se marchara a Nueva York. Amy y Leslie, al verle, le saludaron con la mano y se sentaron cerca de los grandes ventanales del local.

Ethan sabía que ambas chicas habían acabado los estudios hacía poco y que habían regresado a Snow Bridge en busca de una salida profesional. Él era dos años mayor que ellas, por lo que hacía tiempo que había pasado por ese proceso. Tuvo la suerte de que el señor Potter, redactor jefe de La Gaceta de Snow Bridge, se jubiló el mismo verano en el que él terminó su carrera de periodismo, y pudo cogerle el relevo.

Fuera del bar, nevaba. Era una noche fría, una de las muchas noches en las que la nieve caía sobre las calles del pueblo cubriéndolo todo con su manto blanco.

Aquella tarde, el tiempo pasó volando. La conversación con sus amigos fluía y se lo estaban pasando realmente bien. Además, cerca de ellos, un grupito de chicas les lanzaba miradas de reojo. Eran turistas, se notaba por su piel bronceada y sus atuendos provocativos, poco preparados para los días de nieve intensa que se avecinaban. Seguramente, provenían de la Costa Oeste. Quizás de California. Y era probable que se hospedaran en la pequeña pensión que se situaba en el centro del pueblo.

Ethan se había fijado en una chica de melena ondulada con mechuras rubias y labios carnosos que no hacía más que sonreírle con coquetería. Si había algo que Ethan sabía hacer, era leer las señales de las mujeres. Y esa mujer en concreto estaba deseando que él se le acercara.

Ethan se levantó de la silla dispuesto a poner en práctica sus desarrollados dotes de seducción. Pero algo le detuvo a medio camino: la escucha desafortunada de un comentario que un chico le estaba haciendo a otro señalando la mesa de Leslie y Amy donde, en aquel momento, solo estaba Amy acompañada por un chico que parecía estar coqueteando con ella.

—Nos hemos apostado cincuenta pavos a que no consigue su número de teléfono —decía el chico entre risas mientras el otro se reía también.

—Joder, pero ¡si está gorda!

—Está cómo una foca.

Ethan se crispó al escuchar esos comentarios ofensivos. No es que tuviera una relación muy estrecha con Amy, pero la conocía. Tanto ella como Leslie solían monopolizar su casa junto a su hermana cuando eran adolescentes. Amy era una chica dulce y buena que se desvivía siempre por los demás. Además, aquellos chicos no tenían motivos para insultarla, porque Amy era una chica bonita. Quizás no tuviera un cuerpo en consonancia con las imposiciones sociales, pero tenía un cuerpo increíblemente *sexy* con todas sus curvas y redondeces.

Volvió a mirar al chico que sonreía a Amy y le apartaba de la cara un mechón de pelo color caramelo. Sin pensárselo dos veces, se acercó a la mesa y les interrumpió.

—Perdona, Amy, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Ethan con urgencia.

Amy levantó la mirada y sus ojos brillaron con desconcierto.

—¿Ocurre algo?

—Es que... me gustaría hablar contigo de una cosa. —Ethan miró al chico que no parecía dispuesto a irse y puntualizó—: A solas.

El chico pareció captar la indirecta, porque tras escucharle decir aquello, se levantó de la mesa y se marchó, algo molesto.

Amy miró a Ethan sin comprender absolutamente nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alzando una de sus cejas claras.

—Ese tío se ha apostado cincuenta pavos a que conseguía tu número de teléfono.

Amy abrió mucho los ojos, con estupor, y siguió la dirección de la mirada de Ethan hasta la mesa donde se acababa de sentar el chico en cuestión junto a los otros dos.

—¿En serio?

—Los he escuchado por casualidad y he venido a salvarte. —No mencionó el tema de los insultos, pues sabía que aquello le haría sentir incómoda y humillada, y no era su intención hacerle sentir mal.

Amy parpadeó unos segundos y luego soltó una risita que sofocó con la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Ethan ante aquella reacción.

—¿Salvarme? ¿En serio? ¿En qué época crees que nos encontramos? Las mujeres de hoy ya no somos mujeres desvalidas que necesitan ser salvadas, Ethan. Las princesas de los cuentos de hadas actuales podemos salvarnos solas.

Soltó una nueva carcajada y Ethan fingió indignarse. Pero solo lo fingió, porque cualquier atisbo de indignación real desapareció ante el sonido de la risa de Amy. Era dulce, musical, aterciopelada. Como una caricia.

—Eh, oye, deberías estar agradecida.

—Oh, sí, claro. Gracias, mi paladín.

Amy reprimió una nueva carcajada y Ethan sonrió.

Se miraron en silencio. Y algo ocurrió en aquel silencio. Fue extraño y eléctrico.

Denso.

Palpable.

Pero en aquel momento, Leslie reapareció y rompió el embrujo. Sus miradas se desenredaron y la tensión se evaporó.

Leslie se sentó en la silla que había dejado vacía antes de irse, miró a Ethan y frunció el ceño.

—¿Qué haces tú aquí?

—Yo también me alegro de verte —respondió Ethan con sarcasmo.

Amy dibujó una sonrisa divertida en los labios, miró a Ethan y luego a Leslie.

—Aquí donde lo ves, Ethan Winter es todo un caballero andante. Me acaba de salvar, ¿sabes?

Ethan puso los ojos en blanco. Pero antes de que pudiera decir nada para imponer su versión de los hechos, Amy se adelantó y empezó a relatarle una bastante distorsionada que hizo estallar a Leslie en carcajadas.

Aquella noche, Ethan se olvidó por completo de la chica de piel bronceada y mechas rubias que seguía observándole con deseo desde su mesa en el lado opuesto del local.

Capítulo 1



Actualidad...

Ethan cabeceó y se despertó de golpe. A su lado, Aidan, el chico en prácticas, soltó una risita entre dientes.

—Es la tercera vez esta semana que te quedas dormido mientras trabajas —le dijo divertido.

Ethan hizo un mohín. Se encontraba sentado en su mesa de trabajo, en La Gaceta de Snow Bridge. La redacción estaba formada por cuatro mesas de tamaño medio colocadas de cualquier manera en una estancia estrecha y alargada. El espacio tenía cierto aire decadente, pero a Ethan le gustaba. Le hacía pensar en la época dorada del periodismo, antes de que Internet se impusiera y la venta de periódicos en papel descendiera en picado.

De hecho, sacar una versión digital de La Gaceta de Snow Bridge fue una de las grandes aportaciones que hizo Ethan al entrar en el periódico local, aunque manteniendo también la versión impresa. Sabía que los habitantes de Snow Bridge adoraban recibir todos los meses una copia en papel de todas las aventuras y desventuras vividas en el pueblo. Pero poder disfrutar de un magazine digital donde cotillear a diario, había sido toda una revolución.

—Jacob no deja de llorar por las noches y soy incapaz de dormir más de dos horas seguidas —explicó Ethan.

Jacob era su hermano pequeño, con el que se llevaba la friolera de treinta años. Su madre había tenido un hijo con Joe, el dueño de la cafetería ubicada en la plaza central, y aunque él se alegraba mucho de su relación y del nacimiento de Jacob, echaba de menos dormir del tirón por las noches.

—¿Has probado con tapones para los oídos? —preguntó Aidan.

—Sí, de todos los tipos, pero el sonido que hace al berrear lo traspasa todo.

Aidan se encogió de hombros.

—Lo siento, tío.

Ethan también lo sentía. De hecho, hacía semanas que le daba vueltas a la misma idea. Ethan llevaba años retrasando el momento de independizarse de la casa de su madre y había llegado el momento de hacerlo. Su madre había rehecho su vida y, aunque nunca hubiera sugerido que sobrara, sabía que ella y Joe se merecían un poco de intimidad (la intimidad que pudiesen tener compartiendo su vida con un bebé llorón).

—Oye, ¿tus padres siguen alquilando el piso ese que me dijiste? —preguntó Ethan a Aidan, que dejó de teclear en el ordenador para mirarle.

—Sí, sigue libre.

—¿Crees que podría echarle un vistazo?

—Por supuesto. Si quieres podemos ir después de trabajar. Tengo las llaves. —Aidan se metió la mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves, triunfal.

?? ?? ??

Aquella tarde, se marcharon de la redacción antes de tiempo, dejando a Earl encargado de cerrar el chiringuito. Earl era un hombre mayor, de cabellos color plata y gafas graduadas que llevaba años trabajando en La Gaceta y al que le faltaba poco para jubilarse.

Al salir, nevaba. Unos copos de nieve danzaban en el aire de forma perezosa antes de caer al suelo. Los meses de nieve sentaban bien a Snow Bridge. Los tejados, copas de los árboles y calles se cubrían de blanco y, en conjunto con las guirnaldas de luces y la decoración navideña, el pueblo se convertía en la ilustración perfecta para un cuento de hadas.

Ethan estaba enamorado de su pueblo, pero, durante las fiestas navideñas, parecía mágico.

Cogieron el coche que Ethan tenía aparcado en frente y se alejaron varias calles hasta detenerse frente a un edificio de obra vista. Estacionaron el vehículo, entraron en el edificio y Aidan llevó a Ethan hasta la segunda planta.

Entraron. Era un piso pequeño, de una habitación, con cocina americana y baño minúsculo. Parecía el típico piso de soltero, y aquello le gustó.

—¿Cuándo crees que podría instalarme? —preguntó Ethan con una sonrisa torcida, pensando en todas las cosas que podría hacer en aquel piso. Cosas que, hasta ahora, no podía hacer en su habitación.

—Pues si decides quedártelo, por mí como si te mudas hoy mismo —dijo Aidan tendiéndole las llaves.

Capítulo 2



Amy se metió la cuchara de madera en la boca, cerró los ojos y degustó la salsa. Estaba un pelín sosa, así que añadió un poco más de sal y especias y siguió removiendo la cazuelita con ritmo.

Trabajar como chef en La Posada de Snow Home, el hotelito que regentaba con sus dos mejores amigas, era una de las cosas que más le gustaban en la vida. Siempre había sentido pasión por la cocina, pero desde que creaba e innovaba recetas propias, esa pasión no había dejado de incrementarse.

—¡Amy! ¡Te necesito! —exclamó Sophie entrando exaltada por la puerta de la cocina.

Amy se giró y vio a su amiga con su hija Annie en brazos y el rostro congestionado por el pánico.

—¿Ha ocurrido algo? —Amy apartó la salsa del fuego, apagó el fogón y se acercó a ella preocupada.

—No podemos servir la crema de calabaza como entrante. Hoy he soñado que un camarero tropezaba, me tiraba la salsa encima y me bañaba el vestido de novia de naranja.

Amy suspiró, paciente. Desde que había empezado a preparar el menú de la boda de Sophie, esta había tenido pesadillas con cada uno de los platos de la carta. Cada vez que sucedía, entraba en pánico y corría en su busca para sustituir el plato en cuestión por otro. Sin embargo, esta vez Amy no iba a sucumbir a las supersticiones de Sophie. Habían cambiado el entrante un total de cinco veces y no podían hacerlo una más. Acabaría por volverla loca. Además, ya había comprado las calabazas y no estaba dispuesta a desaprovecharlas solo porque su amiga tuviera miedo de la torpeza imaginaria de uno de sus camareros.

—Cielo, siéntate. —Amy cogió a Sophie de la mano y la llevó hasta la salita de estar de la posada, una salita de aspecto rústico con sillones tapizados, librerías repletas de libros y chimenea que solían usar los huéspedes cuando se alojaban allí. Además, con la proximidad de la Navidad, habían decorado el espacio con guirnaldas, muérdago y todo tipo de adornos típicos de aquella festividad.

Amy regresó a la cocina, puso a calentar un poco de agua y, cuando esta hirvió, le introdujo una infusión de tila. Luego, regresó a la salita y se sentó en uno de los mullidos sillones dejándole la taza con tila sobre una mesita auxiliar a su lado. Sonrió a Sophie, cogió a la pequeña Annie entre sus brazos y, con un gesto, le pidió que se la tomara. Annie, dormía. Apenas tenía tres meses y ya era evidente el parecido que tenía con su madre, con esa pelusilla rubia cubriéndole la cabeza y esos ojos azules tan similares a los suyos.

—Cariño, tienes que calmarte. No vamos a cambiar el entrante. La crema de calabaza es una de mis especialidades y estoy segura de que va a encantar a los invitados.

—¿Y si el camarero tropieza y echa a perder mi vestido?

—¿Y si un meteorito cae sobre la Tierra y morimos todos? Cielo, no puedes prever lo que no ha sucedido.

Sophie afirmó con la cabeza, pero sus facciones aún parecían tensas.

—Es que... tengo miedo de que pase algo que lo estropee todo. Soy... tan feliz que me paso el día aterrada por si esa felicidad se desvanece. Es absurdo, lo sé. Pero no puedo evitar sentirme así.

Amy comprendía lo que quería decir su amiga con esas palabras. Al fin y al cabo, Sophie hacía poco más de un año que había regresado a Snow Bridge después de tiempo afincada en Nueva York, y en aquel año su vida había cambiado mucho. Había recuperado su amistad con sus mejores amigas, entre las que se encontraba ella y Leslie, y había recuperado a Gilbert, su amor del instituto, con el que, además, ahora tenía una hija y estaba a punto de casarse.

—Es normal que tengas ese miedo, Sophie. Pero todo irá bien. La historia de amor entre Gilbert y tú está destinada a tener final feliz.

Sophie esbozó una pequeña sonrisa a través de la taza de tila que se llevó a los labios.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Estoy convencida.

—Ojalá me despertara mañana y fuera ya el día de la boda.

—Solo faltan tres semanas —le recordó.

—Lo sé, lo sé. ¡Y quedan tantas cosas por hacer! —A continuación, Sophie pasó a relatarle todos los asuntos que tenía pendiente mientras se retorció un mechón de su rubio cabello. Amy le escuchó con una sonrisa que intentaba ser tranquilizadora.

—Ya sabes que si necesitas ayuda, Leslie y yo podemos echarle una mano.

—Cuento con ello. Tengo a Leslie como loca con la decoración. Pero hay cosas que tengo que hacer sola. Ojalá pudiera mandaros a vosotras a hacer las pruebas del vestido de novia. Odio tener que estarme quieta mientras la dependienta me rodea y empieza a insertar afilares a la tela. La otra vez me pinchó dos veces.

Amy reprimió una risita. Su pecho se movió y la pequeña Annie soltó un gruñido adorable con el traqueteo.

—A mí tu vestido solo me serviría para envolverme una pierna.

—No seas exagerada.

—No lo soy.

Sophie dio un trago a su infusión y atravesó a Amy con la mirada. Amy había hecho el comentario en tono de broma, pero estaba claro que escondía sus inseguridades.

Amy siempre había sido una chica voluptuosa. De pequeña había sufrido mucho por tener una talla superior a la que usaban sus compañeras de clase. Con la edad, había aprendido a aceptarse. Sin embargo, desde que un chico la rechazó hacía unos meses atrás, estaba atravesando por un pequeño bache en relación a su autoestima.

—Por cierto, ¿sabes qué mi hermano se ha marchado de casa? —preguntó Sophie, cambiando de tema.

—¿Ethan ha abandonado el nido? —Amy parecía sorprendida.

—Sí. Jacob lo ha echado a base de berridos.

Sophie y Amy compartieron una sonrisa.

—¿Y dónde vive ahora?

—Pues... no lo sé, la verdad. Con todo lo de la boda ni siquiera he podido quedar con él. Sé que es un piso que le han alquilado los padres de Aidan, su compañero de trabajo, pero no sé ni

cómo es ni dónde está.

No pudieron seguir hablando mucho más. Cuando Annie se despertó y le miró boqueando a través de sus enormes ojos azules, esta supo que había llegado el momento de devolvérsela a su madre.

Capítulo 3



Desde hacía años, todos los viernes por la tarde, después del trabajo, Amy se dirigía hasta la granja donde creció. Nunca salía del coche. Bajaba la ventanilla y la observaba con anhelo desde la distancia.

La granja estaba formada por la casa principal, un cobertizo, los establos y algunas hectáreas de tierra que, en sus buenos tiempos, había sido cultivada. Ahora, estas estaban llenas de matojos y malas hierbas que sobresalían sobre la gruesa capa de nieve.

Amy echaba de menos la granja. Desde que sus padres la perdieron en una mala inversión, soñaba en poder recuperarla algún día. Sabía que era un sueño ingenuo, pues era mucho dinero el que necesitaba para pagar a los acreedores. De hecho, llevaba mucho tiempo en venta. Nadie se había interesado en ella, al fin y al cabo, una granja de tales proporciones en medio de un pueblecito perdido en Vermont era poco atractiva.

Tras varios minutos de contemplarla en silencio, volvió a encender el motor del vehículo y se dirigió hacia la casa actual de sus padres, una casa muy pequeña de una sola planta situada en una de las calles adyacentes a la plaza central de Snow Bridge.

Aparcó en un hueco libre que encontró enfrente y llamó al timbre de la casa. Sonrió al fijarse en la corona navideña de siempre colgando frente a ella. Oyó el sonido de pasos a través de la puerta y, segundos después, esta se abrió. Su hermana Olivia la miró desde el otro lado con una enorme sonrisa.

Olivia era ocho años menor que Amy y se parecían mucho. Ambas tenían el cabello de color caramelo, los ojos verdosos y el rostro de facciones aniñadas, aunque Olivia tenía un cuerpo delgado que mantenía a base de muchas horas de culto al cuerpo, ya que, de la misma manera que Amy y que toda la familia Anderson, tendía a engordar.

Olivia, al contrario que ella que hacía años que se había independizado, aún vivía con sus padres.

Cogiéndola de la mano, Olivia arrastró a Amy hasta el salón, donde su padre estaba poniendo la mesa. Faltaban poco para Navidad y el ambiente navideño era palpable en cada rincón de la casa. De la cocina, le llegó el delicioso olor del estofado de su madre y el pan casero que solía hacer. Su estómago rugió.

Amy abrazó y besó a su padre que le regaló una de esas sonrisas entusiastas típicas de los Anderson y se dirigió a la cocina, donde repitió el proceso con su madre.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Amy solícita.

—Claro, ¿por qué no sacas la hogaza del horno y la cortas en rebanada?

—¡Eso está hecho!

Abrió el horno y sacó el pan cuya pinta era deliciosa. Lo dejó enfriar unos minutos antes de

cortarlo.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó Amy mirando a su madre que se movía por la cocina con una fluidez que le recordaba a la suya propia.

Amy había aprendido a cocinar gracias a ella. Su madre había sido la inspiración que le había llevado a querer ser chef profesional. Verla entregada a los fogones, preparando platos sabrosos y ricos para la familia había abierto sus ansias por aprender todo lo que se podía aprender sobre cocina.

—Las cosas por aquí van bien, cielo —dijo su madre sin perder la sonrisa risueña de la cara.

—Os he traído esto. —Amy sacó un sobre del bolsillo del pantalón y se lo tendió.

Su madre se limpió las manos en el delantal y lo cogió. Sacó un puñado de billetes del interior y, al ver la cuantía, volvió a meterlos en el sobre y se los devolvió.

—Es demasiado —dijo en un susurro.

—Pero...

—Cielo, estamos bien. Quizás no tenemos una vida muy lujosa, pero nos apañamos con lo que ganamos y tu hermana también nos ayuda.

Sus padres trabajaban en lo que podían. La señora Anderson limpiaba casas y ayudando a Bonnie en la tintorería. El señor Anderson trabajaba como jardinero para varias familias. Ambos tenían la edad para jubilarse, pero su pensión no les llegaba para vivir con las deudas que arrastraban. Olivia compaginaba sus estudios a distancia con dos trabajos a tiempo parcial, uno de ellos en la posada y el otro en el bar de Kyle.

—Mamá, yo no lo necesito —insistió Amy devolviéndole el sobre.

—Sí que lo necesitas. —La señora Anderson lo rechazó y se giró para seguir removiendo la enorme olla burbujeante—. Tienes casi treinta años, dentro de poco conocerás a alguien, querrás casarte y tener hijos. Y para todo eso se necesita dinero. Tienes que pensar en tu futuro.

Amy iba a replicarle que no creía que eso sucediera, y menos en un plazo de tiempo corto. Antes de que pudiera abrir la boca, su hermana Olivia apareció en escena, le cogió de la mano y con una sonrisa indescifrable la arrastró hasta su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí.

Amy se sentó en la cama y miró a su hermana intrigada.

—Amy, necesito tu ayuda —dijo Olivia, visiblemente agitada.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó agrandando sus ojos, con curiosidad.

—¡No! Bueno... sí... —Se mordió el labio y se sentó en una silla frente a ella—. Me gusta un chico y no sé si yo también le gusto.

Amy parpadeó unos segundos, desconcertada, pero enseguida sus labios se estiraron para dibujar una sonrisa. Su hermana había salido durante el instituto con un chico de su clase, pero rompieron antes de que este se fuera a la universidad porque ninguno de los dos creía en las relaciones a distancia. No le había visto interesarse antes por nadie y Amy pensaba que era porque seguía enamorada de él. Se alegraba de que no fuera así. De que hubiera pasado página.

—¿Te gusta un chico?

—Mucho, Amy, muchísimo. Cuando estoy con él siento mariposas en el estómago y todas las cursiladas esas que narran en las novelas de amor que tanto lees.

Amy la miró con dulzura antes de añadir:

—Espero que no me pidas consejo para conquistarlo, porque ya te puedo decir de antemano que no te serviría de mucho. En cambio, si algún día necesitas ayuda para repeler a un hombre, podría hacerte una clase magistral.

—No digas tonterías, Amy. —Olivia puso los ojos en blanco—. Tú no repeles a los hombres.

Aunque no, no iba a pedirte consejo sobre eso. En realidad, necesito que me hagas un favor. El chico en cuestión trabaja en un sitio que sueles frecuentar a menudo, y he pensado que podrías... no sé, fijarte en las señales.

—¿Fijarme en las señales? —Amy alzó una ceja—. ¿Y quién es el chico misterioso?

—Es... Jess, mi compañero de trabajo en *Snowflakes*.

Amy asintió. No le sorprendió que Olivia se hubiera fijado en Jess. Era un chico atractivo y tenía esa aura de rebelde sin causa que solía gustar a las mujeres, con sus vaqueros rotos y su chupa de cuero.

—Oye, ¿estás segura de que es buena idea que salgas con Jess? Está muy bueno, pero es... conflictivo.

—No es conflictivo.

—Incendió el baño de los chicos en secundaria.

—Eso fue un accidente. Tiró una colilla en la basura pensando que estaba apagada y se prendió lo de dentro.

—¡Estuvo seis meses en un reformatorio!

Amy no conocía todos los detalles, pero sabía que tenía algo que ver con la venta ilegal en el instituto de unas pastillas para mantenerse despierto.

—Amy, no te estoy pidiendo permiso, solo quiero que me ayudes a averiguar si le gusta. ¿Lo harás o no lo harás? —dijo Olivia frunciendo el ceño.

Amy soltó un suspiro.

—Está bien. Lo haré.

Capítulo 4



Ethan entró en *Snowflakes*, saludó a Kyle que estaba tras la barra y buscó con la mirada a sus dos mejores amigos, Dean y Jason. Los encontró ocupando una de las mesas cercanas a los ventanales. Se acercó a ellos y se sentó en la silla libre. En ese momento Dean estaba enseñando a Jason algo en la pantalla de su móvil y Ethan sonrió al adivinar que ese alguien era Kristen, su hija pequeña de dos años.

—Está guapísima —dijo Jason.

—Lo está. —Le mostró la foto a Ethan también, con una sonrisa de padre orgulloso. Tal como había sabido, la foto era de Kristen, subida a un triciclo. Miraba a la cámara contenta, con su pelo moreno recogido en una coleta.

—No me extraña que se te caiga la baba, Dean, es una belleza. Por suerte para todos, ha salido a la madre.

Los tres rieron con ese comentario al tiempo que Kyle se acercó para tomarle nota. Pidió una cerveza y dejó que Dean siguiera mostrándole fotos de la pequeña Kristen mientras reflexionaba sobre lo mucho que las cosas habían cambiado durante los últimos años para los tres.

Cuatro años atrás Dean conoció a Helen en una conferencia de telecomunicaciones en Chicago. Ella era texana, pero cuando tres meses después de conocerse en aquella conferencia él le pidió que dejara su pueblo y se fuera a vivir con él a Snow Bridge, ella aceptó sin dudarle. Se casaron al año siguiente y al otro nació Kristen. Dean y Helen eran el vivo retrato del amor y el compromiso, hacían un equipo increíblemente compenetrado y a veces daban un poco de tirria por las muestras continuas de afecto que se hacían. Ethan se alegraba de que su amigo hubiera encontrado a alguien así. Él no era un romántico, no creía en el amor verdadero, sin embargo, tenía que admitir que a su alrededor tenía buenos ejemplos que le demostraban justo lo contrario, que el amor sí existía: Dean y Helen, su madre y Joe, Sophie y Gilbert... y la última pareja formada en los últimos meses, Kyle y Leslie.

Parecía que cupido estaba travieso últimamente. Aunque con él lo llevaba claro. Por mucho que afinara su tiro, no estaba dispuesto a enamorarse.

Ethan, no buscaba para nada una relación estable. Le gustaba sentirse libre, sin tener que dar explicaciones a nadie. Además, el juego de la seducción le divertía. Conocer una chica, ligársela con palabras bonitas y llevársela a su terreno le parecía emocionante.

—Chicos, yo os tengo que explicar algo —dijo Jason sacándolo de sus pensamientos.

—Uy, qué misterioso... —dijo Ethan dando un trago a la cerveza que Kyle acababa de traerle.

—Tú dirás —añadió Dean.

—Yo... he conocido a alguien.

Ethan parpadeó, incrédulo. ¿Jason había dicho lo que creía haber oído que había dicho?

—¿A una chica? —preguntó Ethan llevado por esa incredulidad.

—No, a una jirafa. ¡Pues claro que a una chica! —exclamó Jason poniendo los ojos en blanco.

—Cuéntenos todo sobre ella —pidió Dean palmeándole el brazo.

Durante los siguientes minutos Jason les narró cómo había conocido a Julia, una odontóloga de Clouds Village, una ciudad próxima a Snow Bridge, en una visita rutinaria. Ella le blanqueó la dentadura y él le pidió una cita al terminar. Desde entonces, habían quedado varias veces y habían decidido de mutuo acuerdo hacer oficial lo suyo.

—Alguien está enamorado perdido —dijo Dean carcajeándose.

—Del todo, no me la puedo sacar de la cabeza.

—No puedo creer que hayas decidido pasarte al lado oscuro, tío —dijo Ethan un poco fastidiado. Jason era su compañero de juergas, su cómplice, sin él, la cosa iba a volverse bastante... sosa. Aburrida.

—Tío, ya tenemos una edad. Yo empiezo a querer asentar cabeza. Tener a alguien que me espere en casa cuando llegue del trabajo, con el que poder compartir las pequeñas cosas del día a día... No sé, me gusta la idea de formar una familia. ¿Acaso a ti no?

Ethan tardó en responder. Lo cierto era que él aún no había llegado a ese punto. Se sentía bien cómo estaba, siendo un Peter Pan sin más responsabilidades que su trabajo en La Gaceta.

—La verdad es que prefiero seguir tal y cómo estoy. No tengo ninguna prisa por comprometerme.

En ese momento, el pub se abrió y dos chicas jovencitas, preciosas, entraron en el local. Se fijó en la pelirroja, de enormes ojos azules y enormes pechos. Sobre todo, le había llamado la atención lo segundo. Cuando la chica en cuestión captó su mirada y le sonrió, Ethan supo que tenía plan asegurado para aquella noche.

—Algún día te enamorarás, tío. Y entonces, dará igual lo que quisieras o no quisieras, porque estarás completamente vendido. El amor nos vuelve rematadamente imbéciles —dijo Dean palmeándole el hombro.

—Déjame que lo dude. Y ahora, si me disculpáis... —Ethan les dedicó una sonrisa ladeada señalando a la pelirroja que acababa de sentarse en una mesa—. Tengo cosas que hacer.

Jason y Dean rieron dejándolo por imposible y Ethan se dirigió hacia la mesa sin dejar de sonreír.

Aquella noche, la pelirroja terminó en su cama.

Capítulo 5



El sonido de un golpe contra la pared despertó a Amy arrancándole un gruñido de frustración. Se quitó los tapones de los oídos y, de la misma manera que en las noches anteriores, escuchó los gemidos difusos de un hombre y una mujer pasándolo en grande. Se mordió el labio, incrédula. Desde hacía una semana el piso contiguo había sido ocupado por una especie de gigoló que fornicaba con una chica distinta cada noche. Sabía que eran chicas distintas porque que los gemidos y gritos de placer eran distintos también.

Para alguien con nula vida sexual, tener que sufrir q diario aquel espectáculo, era un suplicio. Había probado con todos los tapones de oído existentes en el mercado, pero ninguno le ayudaba a silenciar el escándalo. Era como estar escuchando el audio de una película porno.

Amy suspiró y tomó una decisión. No podía seguir durmiendo tan mal. Dormir poco la ponía de un humor de perros y el día anterior ya se había comportado como una bruja con sus ayudantes de cocina por eso. Y ella no era así; ella era dulce, paciente y buena. La falta de descanso la transformaba por completo. Así que salió al descansillo del piso y llamó al timbre del vecino. Una vez. Dos. Tres veces. Y entonces... la puerta se abrió.

Se le secó la garganta al reconocer a Ethan Winter al otro lado del umbral. Ethan, el hermano de Sophie. Ethan, su amor platónico durante años. Ethan, que en aquel momento llevaba una sábana envuelta en la cintura tapando sus partes nobles y que la observaba con el ceño fruncido.

Tragó saliva con dificultad. ¿Aquellos abdominales eran reales?

—¿Amy?

Su voz consiguió sacarla de su ensimismamiento.

—Esto... ¿vives aquí? —preguntó confusa.

—Me mudé hace una semana. ¿Pasa algo?

Las palabras se quedaron atascadas en su garganta. Y más cuando la sábana resbaló un poco y le dejó ver más carne de lo esperado.

—Bueno, es que... no me dejáis dormir —dijo al final con las mejillas sonrosadas y la voz algo estrangulada.

—Oh. —Ethan abrió mucho los ojos, comprendiendo.

—No quiero ser la típica vecina quejica, pero la pared de tu habitación da a la mía y se oye... todo.

—Ahm, vaya, no tenía ni idea —Ahora el azorado parecía él—. Lo siento. Intentaré ser más... silencioso.

—Eso estaría bien, gracias.

Durante los segundos siguientes se observaron en silencio, sin decir nada. Hasta que una voz femenina dentro del piso de Ethan reclamó su atención.

—¿Va todo bien? —preguntó la voz amortiguada.

—Sí, nena. Ahora vuelvo. —Miró a Amy disculpándose y señaló el interior—. Tengo que irme, de veras que lo siento.

Tras decir esto, se despidió con un movimiento de mano y desapareció en el interior del piso.

Amy regresó al suyo.

Aquella noche, Amy volvió a no descansar, pero en esta ocasión no fue por el ruido, fue por la imagen de Ethan semidesnudo ocupando todos los pensamientos de su cabeza.

?? ?? ??

A la mañana siguiente alguien llamó a la puerta mientras se vestía para ir a trabajar. Acabó de abrocharse la camisa y abrió enrojeciendo de golpe al encontrarse con Ethan al otro lado.

—¿Puedo comprar tus disculpas con bollos? —preguntó este alzando una bolsa de papel que pertenecía a la pastelería de Amber, su madre.

—Eso depende, ¿de qué están rellenos?

—De crema.

—Entonces sí, puedes, pasa.

Le dejó entrar en el piso. Se sintió un poco cohibida al verle observar su apartamento con atención. Ella se sentía orgullosa de sus muebles vintage y su decoración cuidada, en ese momento acompañada por los típicos adornos navideños de cada año. Sirvió café y se sentaron en la barra americana. Ethan volvió a pedirle disculpas por los problemas ocasionados. Según él, no sabía que Amy era su vecina ni que las paredes fueran un altavoz de su vida privada.

—No tienes que pedirme disculpas, Ethan. Simplemente intenta ser más discreto a partir de ahora.

—Bueno, no es como si fuera algo que pudiera controlar en según qué momentos —dijo con fanfarronería, guiñándole un ojo. Amy enseguida comprendió que se refería a los gemidos y gritos de sus acompañantes—. Pero lo intentaré.

—Gracias por eso. —Cogió un bollo y le dio un mordisco bajo la atenta mirada de Ethan—. ¿Ocurre algo?

—No, solo pensaba en que si tú escuchas lo que yo hago al otro lado de la pared... Yo también puedo escuchar lo que tú haces aquí. —Ethan alzó las cejas con picardía y Amy puso los ojos en blanco.

—Tranquilo por eso, no creo que oigas nada procedente de mi lado de la pared.

—¿Por? ¿Eres silenciosa cuándo haces travesuras?

Amy parpadeó incrédula. ¿Qué clase de pregunta era esa? Se puso tan nerviosa que cometió un error al responder:

—Para eso tendría que hacerlas y si no las he hecho en mis treinta años de vida no creo que vaya a empezar ahora.

Sus palabras fueron recibidas con los ojos de Ethan abiertos de par en par. ¿Acababa de confesarle que era virgen?

Desde luego, no dormir no le sentaba nada bien.

—¿Nunca has...?

Amy negó lentamente con la cabeza y desvió la mirada hacia la taza de café que se llevó a los labios.

No, nunca se había acostado con ningún hombre. Estuvo a punto de hacerlo con Henry, un chico que conoció en su etapa universitaria, pero al final se echó atrás a causa de las inseguridades que le generaba su propio cuerpo.

—Oh...

—No es porque no haya querido. Es decir, no es que crea en la virginidad hasta el matrimonio ni mucho menos, es solo que no he encontrado la persona adecuada —dijo del tirón, dándole unas explicaciones que nadie le había pedido.

¿Por qué demonios se ponía tan nerviosa en la presencia de Ethan?

Había estado muy colgada de él, pero hacía prácticamente un año que sus sentimientos habían mutado a sabiendas que no tenía ninguna oportunidad.

—Es decir, que no creo que tengas el problema de tener que escuchar nada al otro lado de la pared. Bueno, quizás a mí roncando por algún resfriado, pero... —prosiguió parlotando sinsentido. Vale, definitivamente Ethan la volvía rematadamente tonta.

Ethan se carcajeó y negó con la cabeza.

—Estoy convencido de que, algún día, encontrarás al hombre adecuado para que esa pared retumbe con fuerza.

Ethan la miró con tanta intensidad que Amy sintió un hormigueo deslizarse hacia abajo. Tragó saliva con dificultad y él sonrió, torciendo ligeramente la sonrisa.

Miró la hora en el reloj de pared que colgaba en el salón y, con la excusa de que se estaba haciendo tarde y que tenía que ir a trabajar, prácticamente echó a Ethan de allí.

Cuando cerró la puerta tras de sí, notó el corazón retumbar fuerte dentro de su pecho.

Pero ¿qué demonios le estaba ocurriendo?

Capítulo 6



Aquella misma mañana, Amy cogió el coche y condujo hasta la posada de Home Snow absorta en sus pensamientos. Pensaba en Ethan y en todas las emociones que habían anidado en su cuerpo esas últimas horas. También recordó aquellos años enamorada de él, a sabiendas que lo suyo era un mero amor platónico.

No pudo evitar dejarse llevar por esos recuerdos...

?? ?? ??

La primera vez que Amy se fijó en Ethan fue a los dieciséis años. Él iba a último curso y era uno de los chicos más populares del instituto, ¿cómo no fijarse? Sin embargo, solo fue un enamoramiento tonto. Era el hermano de una de sus mejores amigas, podía tener a la chica que quisiera y solo la veía como una niña. Cuando él se marchó a la universidad a estudiar periodismo ella se olvidó de él por completo y no volvió a pensar en Ethan hasta que, tras terminar los estudios de artes culinarias, Amy regresó a Snow Bridge.

Fue una noche de invierno de hacía seis años, un hombre se acercó a ella para tirarle la caña y él apareció de la nada, espantándolo, para luego contarle que el chico en cuestión había hecho una apuesta sobre ella con otros dos. Le dolió un poco que ese tipo se hubiera acercado para burlarse de ella, esa era la realidad. Pero se puso la armadura de mujer fuerte que había ido forjando durante los últimos años a base de decepciones y le dijo a Ethan que no pasaba nada mientras con un tono irónico se burlaba de él.

Aquel fue el primer clic. La primera vez que Amy volvió a mirar a Ethan de una forma distinta desde su regreso al pueblo. Lo había visto en otras ocasiones pues ambos eran asiduos en *Snowflakes*, pero nunca antes había notado ese calor en el estómago al mirarle. Un calor que fue incrementándose en intensidad al pasar de los días, las semanas, los meses y los años.

Esa era la realidad: Amy estuvo prácticamente cuatro años enamorada de Ethan. En silencio, en secreto, por mucho que Leslie lo sospechase, ella nunca le dio una confirmación. Tenía claro que Ethan era inalcanzable. Y Amy podía ser ingenua en muchas cosas, y una asidua a las novelas románticas donde todo parecía posible, pero si había algo que Amy Anderson sabía era que lo suyo con Ethan Winter, el mujeriego oficial del pueblo, era imposible.

Por eso, un año atrás, Amy decidió enterrar sus sentimientos en la caja de sus sinsentidos y olvidarse de él. Lo consiguió.

Con el corazón libre y ganas de enamorarse de nuevo, Amy se descargó una aplicación de citas

en el móvil y habló con varios chicos. Y entonces apareció Ted, de Clouds Village. Y quedó con él. Y lo pasaron bien. Y se ilusionó, de nuevo, como una tonta, hasta que después de esa primera cita él dejó de responder los mensajes y desapareció del mapa.

Su autoestima quedó reducida a las ruinas después de eso.

Quizás, ella no era el tipo de chica que conoce un chico y lo enamora.

Quizás, ella era el tipo de chica destinada a quedarse soltera y adoptar muchos gatitos.

Quizás...

?? ?? ??

Cuando Amy llegó a Snow Home se encontró a Leslie en recepción. Sonreía como una tonta mientras escribía un mensaje en el móvil. No le costó mucho adivinar que estaba hablando con Kyle, con el que llevaba saliendo dos meses. A su alrededor todo el mundo parecía encontrar el amor verdadero... todo el mundo menos ella.

—¿Nos tomamos un café? —preguntó Leslie siguiéndola hasta la cocina con la sonrisa bobalicona aún dibujada en el rostro.

—Solo si dejas de sonreír de esa manera tan... tan... tan poco tú —dijo haciendo referencia al hecho de que Leslie siempre había sido la cínica de las tres amigas. Sin embargo, desde que estaba con Kyle, sonreía a todas horas.

—Oh, perdone, señora amargada —dijo Leslie riéndose entre dientes mientras Amy encendía la cafetera eléctrica que tenían para el uso del personal y la miraba ceñuda—. ¿Se puede saber por qué estás tan gruñona? ¿Hoy tampoco te ha dejado dormir tu vecino barra gigoló?

—Pues ahora que lo dices... no. Y no te lo vas a creer, pero...

Amy le explicó que el vecino al que habían bautizado ambas como gigoló era nada más y nada menos que Ethan, el hermano de Sophie. Al enterarse de la coincidencia, Leslie se carcajeó, incrédula.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues créetelo.

—Vaya, vaya... —Leslie se sirvió una taza de café recién hecho y sonrió perspicaz—. Ahora entiendo tu enfado, entonces.

—¿Qué insinúas?

—Nada, solo pensaba lo incómodo que debe ser escuchar cómo el tipo por el que te colaste durante tanto tiempo se acuesta con otras. Solo eso.

Amy respondió con un sonido gutural, pero no dijo nada. Unos meses atrás, cuando Ted la plantó, confesó a sus amigas en un arrebato de sinceridad sin precedentes que había estado enamorada de Ethan, así que a esas alturas no podía negarlo.

—A mí lo que me molesta es que no me deje dormir —puntualizó.

—Podrías insonorizar la habitación.

—Es una posibilidad, aunque Ethan ha prometido ser más cuidadoso.

Antes de que Leslie pudiera responder a eso, Sophie entró en la cocina y se acercó a ellas con una taza que cogió de una balda y que llenó de café. Aunque en teoría seguía con la baja de maternidad, solía aparecer por Snow Home de vez en cuando.

—Leslie, tengo que hablar contigo sobre las flores. Hoy he soñado con los narcisos y creo que tendríamos que cambiarlos por peonías.

Al igual que a Amy, Sophie estaba volviendo loca a Leslie con sus cambios en la decoración y la organización de la boda, así que durante la media hora siguiente Amy asistió al intento fútil de Leslie para convencer a Sophie de que los narcisos eran buena opción pues ya los había encargado y perderían el dinero de la reserva.

Sin embargo, en algún punto su cerebro desconectó.

Pensar en el torso desnudo de Ethan era más interesante que aquella conversación.

Capítulo 7



El viernes por la noche, Amy se dirigió a *Snowflakes*, donde solía quedar con sus amigos para pasar el rato. Nada más llegar, encontró una mesa ocupada por Leslie y Kyle y Sophie y Gilbert. Los observó de lejos sintiendo una pequeña punzada en su interior. ¿Celos? ¿Envidia?

Ella sabía que sus amigas se merecían ser felices cómo nadie, pero, a la vez, saber que habían encontrado al amor de su vida mientras que ella seguía sola, le entristecía un poco. No por ellas, sino por sí misma. Porque desde que Amy era pequeña siempre había soñado con uno de esos amores de cuentos de hadas que le hicieran suspirar. Y la cosa parecía resistirse.

Se unió a ellos en la mesa y pasaron un rato muy agradable conversando sobre todo un poco. Sophie seguía con sus obsesiones con la boda y Gilbert intentaba tranquilizarla asegurándole que todo saldría bien. Que lo único importante allí era que ambos se casaban. Cosas como el menú y la decoración eran triviales y tenía razón. Por otro lado, Leslie y Kyle estaban haciendo planes para viajar juntos aquella primavera a Escocia, de donde Kyle era originario.

Todos tenían planes, todos excepto ella. Y aquello la entristeció de nuevo.

Con la excusa de ir a por bebidas, se fue hacia la barra. Kyle había dejado a Olivia y Jess al cargo del pub. Se sentó en uno de los taburetes y miró a su hermana hablar con Jess a lo lejos. Él le sonreía de lado y las mejillas de Olivia se sonrojaron.

Estaba claro que allí había química. Esas cosas se notaban y Jess sabía muy bien cómo seducir a una mujer con sus sonrisas ladeadas de chico malo.

Cuando Olivia se acercó a ella, lo hizo exultante.

—¿Has visto eso? —le preguntó con un susurro mirando a Jess de reojo—. Hemos quedado el domingo para ir al cine juntos.

—Ya veo... —murmuró Amy algo preocupada, pues seguía pensando que Jess no era bueno para su hermana. Era un macarra, y ella se merecía más. Mucho más.

—Luego quizás vayamos a su casa, me ha dicho que su compañero de piso no va a estar... Suenan a insinuación, ¿no?

—¡Olivia! —exclamó Amy con los ojos abiertos de par en par—. No vas a... bueno, ya sabes.

—¿A follar con él? —susurró ella mordiéndose el labio inferior. A Amy le costaba hablar con aquellos términos, pero su hermana era más... pícaro—. Por supuesto que sí.

Le guiñó un ojo, le sirvió la cerveza que le había pedido y fue a servir a otro cliente. Amy siguió a su hermana con la mirada. Solo esperaba que Jess no la metiera en un lío.

Miró hacia la mesa donde las dos parejas estaban dándose arrumacos y decidió esperar un poco antes de regresar. Cuando se ponían en plan cariñosos se sentía un poco carabina.

Mordiéndose el labio, sacó el móvil y encendió la aplicación para ligar que hacía tiempo que no usaba y empezó a mirar los perfiles de algunos chicos con la esperanza de que alguno de ellos

fuera ese príncipe azul que se resistía a aparecer. Hizo un par de *match* a dos chicos interesantes a ver si había suerte. Había estado tan ensimismada en la aplicación que no oyó el sonido de la puerta abrirse ni a Ethan acercarse a ella. Pero lo hizo, se sentó a su lado y miró de reojo la pantalla de su móvil antes de decir:

—Hola, vecina, ¿alguien interesante a la vista?

Amy bloqueó tan rápido el móvil que este resbaló de sus manos y cayó sobre la barra.

Había supuesto que él estaría allí aquella noche pues había visto en una de las mesas a Dean y Jason, sus mejores amigos. Además, *Snowflakes* era el único pub del pueblo, por lo que coincidían a menudo. Pero no haberle visto entrar le había puesto nerviosa.

—¿Qué?! —preguntó avergonzada.

—No hace falta que disimules, he visto lo que estabas haciendo. Y no es nada malo, yo también la uso.

—Lo sé —dijo Amy poniendo los ojos en blanco—. He visto tu perfil alguna vez.

—¿Debería sentirme ofendido porque no me hayas dado *match*?

Amy alzó las cejas, escéptica.

—¿Acaso me has dado *match* tú a mí?

—No, no suelo dar *match* a chicas que en su biografía ponen tan claro que buscan una relación estable, por muy guapas que sean. —Aquellas palabras le desestabilizaron un poco. ¿Ella guapa? Quiso echarse a reír, pero se contuvo. Ethan sabía cómo ganarse a las mujeres.

—Lo mismo digo de los hombres que ponen en su perfil que solo buscan pasar un buen rato.

—Al menos soy franco y no miento con el propósito de echar un polvo como si hacen otros —dijo Ethan encogiéndose de hombros.

Amy le miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Vuelve a poner el perfil del tío al que acabas de regalar un *match*.

Amy obedeció, recuperando el móvil de encima la barra, y Ethan señaló la biografía del perfil en cuestión.

—"Busco el amor o lo que surja. Me gustan las películas románticas y las cenas a la luz de las velas". —Ethan puso los ojos en blanco—. ¿Puede ser más cliché? Obviamente busca el *match* del mayor número de chicas posibles. Además, fíjate en su foto. De perfil con pose estudiada. Prácticamente no se le percibe. Tiene toda la pinta de ser poco agraciado.

—El físico no lo es todo —dijo Amy, pensando sobre todo en ella misma.

—No, pero no lo escondas. Muéstrate tal y cómo eres.

—Supongo que, para alguien con pinta de modelo de anuncio de calzoncillos, pensar así es fácil —se jactó Amy cruzándose de brazos.

Ella no era una de esas personas que escondían sus defectos en las fotos que usaba. Sabía que hacerlo solo serviría para que la otra persona se hiciera una idea equivocada de ella y la cosa terminara en decepción. Y ella no quería más decepciones en su vida. Iba bien servida.

—Vaya, veo que el otro día te dio tiempo de sobras a analizar mi anatomía —dijo Ethan pagado de sí mismo—. Aunque dudo que ninguna marca de ropa me quiera como modelo de calzoncillos. Lo que hay debajo es tan generoso que desvirtuaría todo lo demás.

Amy rio. Su risa se escampó por el local y vio de reojo como sus amigos la observaban.

—Creo tienes el ego por las nubes, Ethan Winter.

—Bueno, quizás haya exagerado un poco, pero ha valido la pena hacerlo por hacerte reír.

Sus ojos conectaron después de esas palabras. Y Amy sintió un cosquilleo. Oh. oh...

Reconocía ese cosquilleo, porque ya lo había sentido antes.

—Bueno, mejor os dejo a tu ego y a ti disfrutar de la noche —dijo Amy levantándose del taburete cerveza en mano.

Y con un contoneo de caderas regresó a su mesa.

Maldito Ethan Winter.

Capítulo 8



Ethan se estaba aburriendo a lo grande.

Sentado en la silla de una cafetería de Old River, un pueblo cercano a Snow Bridge, solo podía pensar en las ganas que tenía de que aquella cita con Cindy terminara.

Ojos azules, pelo rubio y labios carnosos. Era el tipo de chica que le llevaba por el camino del pecado y la perdición. Pero en aquel momento solo podía pensar en lo mucho que su parloteo incesante le aburría. Había quedado con ella tras recordar una noche de sexo increíblemente placentero entre sus piernas, pero a todas luces, eso era lo único memorable que podía ofrecerle aquella chica cuyas aspiraciones en la vida eran ganar el próximo certamen de belleza de la región. Él había sugerido quedar en su casa para ir al grano, pero Cindy había insistido en tener una cita en aquella cafetería antes para conocerse mejor. Y ahí estaban, conociéndose. Y ahora que la conocía ya no le atraía nada.

Cuando terminaron sus respectivos cafés, Cindy sugirió ir a su casa, pero él inventó una excusa sobre la marcha y se marchó de allí.

Antes de regresar a casa, pasó por la pizzería de Snow Bridge y compró una cuatro quesos tamaño familiar. Pensó que se comería las sobras para desayunar el día siguiente, pero cuando llegó al rellano y se fijó en la puerta de Amy, tuvo una idea mejor.

Llamó al timbre y esperó. No sabía si la encontraría en casa un sábado por la noche, pero la puerta se abrió enseguida resolviendo sus dudas. Amy le atravesó con sus ojos verdes y expresivos y sintió algo, una especie de hormigueo extraño que ascendió por su estómago y que ignoró. Ella iba vestida con ropa de andar por casa: un pantalón de yoga y una sudadera con capucha. Y estaba preciosa con el pelo recogido en una coleta despeinada.

—Servicio de pizza a domicilio —canturreó.

—Yo no he pedido una pizza —dijo Amy riendo.

—¿No? Pues espero que ese no sea motivo de peso para no dejar pasar a la pizza y a quién la porta dentro de tu piso.

Amy parpadeó antes de preguntar con la incredulidad en su voz:

—¿Quieres que cenemos juntos?

—Sí a estas alturas no te ha quedado claro eso es que debo estar haciendo algo muy mal.

Amy volvió a reír, se hizo a un lado para dejarle pasar y cerró la puerta tras de sí.

—Es una cuatro quesos, espero que te guste.

—Hay pocas cosas que no me gusten —dijo Amy mientras servía la mesa.

—Sabes que eso podría malinterpretarse de muchas formas, ¿verdad?

—Solo si tienes una mente retorcida como la tuya.

—*Ouch*. Me has pillado.

Cenaron recordando viejos tiempos, cuando ambos aún iban al instituto y su vida carecía de las complicaciones de la madurez.

Amy recordó a Ethan lo mal estudiante que era, lo mucho que faltaba a clase y lo desmotivado que parecía siempre. Ethan le dio la razón. Durante años, los estudios no le habían entusiasmado demasiado, hasta que empezó a estudiar periodismo y encontró en esa carrera su vocación. Le encantaba ir a la caza de la noticia, incluso en un pueblo pequeño como Snow Bridge.

Sin quererlo, Ethan comparó aquella velada con la que había tenido unas horas antes.

Era inevitable pensar lo mucho que estaba disfrutando de la conversación con Amy en contraposición con lo mucho que se había aburrido con Cindy.

Y entonces, mientras ella preparaba té y sacaba de una caja unas magdalenas, lo pensó: Amy era preciosa. Inteligente, dulce y lista. ¿Por qué no se había fijado en ella antes? ¿Quizás por qué siempre la había visto cómo una de las mejores amigas de su hermana pequeña? Pero ahora era una mujer... Una mujer con la que se lo estaba pasando en grande.

—¿Te gusta el té de manzana con canela?

—No lo he probado nunca.

—Pues ya verás, te encantará.

Sirvió dos tazas y volvió a sentarse frente a él con los té y las magdalenas.

Ethan se quedó unos segundos alelado, pensando en aquella revelación. Una parte de él le decía que estar pensando aquello era mala idea por varias razones, aunque la más evidente era que Amy seguía siendo una de las mejores amigas de su hermana pequeña y tener una relación esporádica con ella no era buena idea. Para nada. Además, el día anterior ella le había confesado que era virgen y la primera vez que se acostara con un tipo tenía que ser con alguien especial. Alguien que la venerase y le profesase amor del bueno. Por alguna absurda razón, pensar en un tipo tocándola no le gustó. Sacudió la cabeza como si quisiera espantar esa idea al fondo de su mente y probó el té. Tal como le había dicho, estaba delicioso.

—¿Cómo te va con los tipos de la app?

Amy se encogió de hombros.

—Por ahora no hay nada reseñable, la verdad.

—¿Con cuántos chicos de la aplicación has quedado?

Amy se mordió el labio antes de responder.

—Pues con uno, y la cosa no funcionó muy bien. Yo pensaba que sí porque nos lo pasamos genial, y me pareció notar cierta química entre nosotros, pero no volví a saber nada más de él. Me bloqueó de sus contactos.

Al ver cómo sus ojos se entristecían, Ethan comprendió que aquella fue una experiencia traumática para ella. Insultó mentalmente al chico en cuestión por haberla hecho sufrir de aquella manera. Por desgracia, aquel tipo de comportamientos eran comunes en las aplicaciones de citas.

—Bueno, tampoco vas a encontrar el amor en la primera persona con la que quedes. Como dicen por ahí, para encontrar a un príncipe hay que besar antes muchas ranas.

Una sonrisa se deslizó en los labios de Amy.

—Hablas como si supieras algo sobre el tema, señor rompecorazones.

Ethan se encogió de hombros.

—Quizás no sé nada sobre el amor verdadero, pero estoy seguro de que ahí dentro existe un hombre perfecto para ti —dijo él señalando el móvil de Amy que aguardaba sobre la mesa, al lado de la taza de té.

—No sé, Ethan, últimamente no estoy muy optimista con este tema. Quizás no existe una

persona perfecta para mí. Quizás mi destino es estar sola.

De nuevo, ver la tristeza en sus ojos le removi6 por dentro. Podía ver lo mucho que ese pensamiento la hacía sufrir y quiso borrar de un plumazo cualquier atisbo de duda.

—Yo te ayudaré.

—¿A encontrar a un hombre? —preguntó Amy con el ceño fruncido.

—Sí, ¿por qué no?

Se terminó el té, se sentó en el sofá y le pidió a Amy que se sentara a su lado y le tendiera el móvil.

—Primero, vamos a repasar tu perfil. Veamos... —Ethan entró en el perfil de Amy y leyó su biografía—. Me gusta cocinar, leer y los maratones de series. Busco una relación estable. Abstenerse aquellos que solo quieren divertirse.

—Dios, ¿hacía falta leerlo en voz alta? —preguntó Amy muriéndose de vergüenza.

—No, no, me gusta, muy... corto y conciso. Aunque yo le daría una vuelta. A ver... —Tecléo algo en el móvil y se lo devolvió—. A ver qué te parece ahora.

Amy lo leyó en voz alta:

—Busco un amor como el de los cuentos de hadas, ¿serás tú mi príncipe azul? Si la respuesta es afirmativa, debes saber que cocino como los dioses, soy la mejor de las compañías viendo series y disfruto como nadie de una buena lectura. ¿A qué esperas para conocerme? —Amy arrugó el ceño horrorizada—. Por Dios, Ethan, esto es... demasiado atrevido para mí.

—Es divertido, sexy y directo. Llama la atención y de eso se trata esto, ¿no?

La vio dudar, pero finalmente asintió con la cabeza y le devolvió el móvil.

—Y ahora hablemos sobre la foto de perfil.

Era una foto estilo carné donde Amy sonreía a la cámara de forma comedida. No estaba mal pero era... impersonal.

—¿Qué le pasa a mi foto de perfil? —preguntó Amy molesta—. Está bien. Es dulce y sencilla.

—Está bien, está bien, pero de tan dulce y sencilla es sosa. No dice nada de ti. Veamos que encontramos por aquí...

Entró en su aplicación de Facebook y empezó a mirar las fotos en las que Amy salía etiquetada. Eligió una en la que estaba sentada en una mesa del *Snowflakes* y sonreía desinhibida. Bajo la opinión de Ethan, estaba preciosa. Realmente preciosa. En esa foto sí que se percibía la chispa que se encendía en Amy cuando se divertía.

—¿Esta? —preguntó ella mirándolo con desconfianza.

—Esta es perfecta. Confía en mí —le pidió mirándola a los ojos.

Amy asintió y dejó que Ethan subiera esa foto al perfil.

—Bueno, y ahora que ya tenemos esto listo, vamos a buscar hombres, ¿te parece?

Y por alguna extraña razón, los músculos del estómago de Ethan se encogieron al decir esto, pero lo ignoró y se pasó la noche entera haciendo *match* con Amy en busca del hombre ideal para ella.

Capítulo 9



—¡¡Estás preciosa, Sophie!! —exclamó Amy con los ojos fijos en su amiga que, sobre una peana, daba vueltas con su vestido de novia.

—Pareces la reina de las nieves —dijo Leslie mirándola emocionada.

El vestido era blanco, vaporoso, de corte princesa, con el escote en forma de corazón y unas mangas sencillas hasta los codos. Sobre el vestido, en vez de velo, llevaba una especie de capa de pelo blanco que parecía muy cálida, perfecto para casarse un día de frío y nieve.

—¿Os gusta?

—¿Bromeas? Es perfecto —dijo Amy.

—Si fueras un vestido de novia serías justamente el vestido que llevas —señaló Leslie.

Se encontraban en una tienda especializadas en vestidos de novia, en Burlington. Leslie y Amy habían acompañado a Sophie en esta ocasión para probarse sus vestidos de dama de honor, que resultaron ser preciosos, de azul celeste, tela de raso y suave caída.

Tras deleitarse con el vestido de novia, decidieron ir a uno de los restaurantes de la zona. Se decidieron por un italiano con manteles de cuadros y decoración austera.

—Creo que pediré una pizza, hace siglos que no como una —dijo Sophie mirando la carta.

Acababa de colgar una llamada donde le preguntaba a su madre, Amber, por Annie. No era muy habitual ver a las tres amigas fuera del pueblo un lunes laborable, ya que trabajaban en la posada, pero habían decidido darse aquel día de fiesta, dejar la posada a cargo de Olivia y el resto de personal cualificado y acabar de mirar cosas para la inminente boda. ¡Solo quedaban dos semanas!

—Yo pediré pasta, que ya cené pizza de *Ciao Bella* el sábado.

Ciao Bella era la pizzería del pueblo y estaba regentada por Donatello y su mujer Chiara, unos italianos que pasaron por *Snow Bridge* durante los setenta, se enamoraron del pueblo y decidieron asentar su vida allí abriendo aquella pizzería.

—¿Alguien no tenía ganas de cocinar? —preguntó Leslie sonriendo.

—Bueno, en realidad fue cosa de Ethan. Apareció con la pizza de sorpresa y cenamos juntos.

—¿Ethan? ¿Qué Ethan? —preguntó Sophie levantando la vista de la carta de golpe.

—¿Qué Ethan va a ser? Pues tu hermano, es su vecino, ¿es qué no lo sabías? —preguntó Leslie entre risas?

Sophie alzó una ceja y negó lentamente con la cabeza. Leslie y Amy podían ver los engranajes de su cabeza funcionar a marchas forzadas.

—¿Mi hermano es el vecino barra gigoló? —Lo preguntó tan alto que su voz se oyó por encima del ruido del local y llamó la atención de otros comensales.

—La organización de la boda te está volviendo un poco lenta —dijo Leslie mordaz.

—Pero ¿cómo te enteraste? y ¿cuándo? y ¿por qué cenasteis juntos? —Sophie abrió los ojos horrorizada—. No te habrás acostado con él, ¿verdad?

—Que, ¡por supuesto que no! ¿En qué universo paralelo compartir una pizza es sinónimo de acostarse con alguien?

A continuación, Amy le explicó a Sophie toda la sucesión de acontecimientos. Desde que llamó a su puerta para pedirle un poco de silencio en sus escarceos sexuales hasta que él se presentó en su casa con una pizza cuatro quesos y le ayudó a modificar su perfil de la app para ligar y a elegir a los chicos que, bajo su punto de vista, eran adecuados.

—No entiendo que hacía mi hermano un sábado por la noche en tu casa cuando de todos es bien sabido que los sábados es día de caza —musitó con el ceño fruncido.

—Bueno, a lo mejor después del atracón que se dio durante los días anteriores le apetecía un descanso —dijo Amy recordando las noches sin dormir por su culpa.

Desde que le había llamado la atención ya no le había escuchado con ninguna otra mujer. Quizás se acostaba con ellas en otra parte de la casa que no fuera tan evidente, aunque aquello era algo en lo que no se permitía pensar. La vida sexual de su vecino no era asunto suyo, por mucho que su vecino fuera Ethan y llevara desde ese sábado apareciendo en su mente de forma recurrente.

—¿Y qué tal en la app? ¿Te sirvieron sus consejos? —preguntó Leslie.

Amy asintió. Tenía que admitir que sí, que desde el sábado le habían llegado muchas más solicitudes de lo habitual. De hecho, había empezado a hablar con un hombre interesante, que era arquitecto y que parecía interesado en conocerla, aunque ella se mantenía a la expectativa.

—Pues ya sería curioso que encontraras el amor gracias a Ethan, ¿no crees, Sophie?

Pero Sophie no respondió, parecía ensimismada en sus propios pensamientos.

En la redacción de La Gaceta de Snow Bridge, a varios kilómetros de distancia...

SOPHIE:

¿Qué pretendes con Amy? Cenas con ella, le ayudas con el perfil de la app para ligar y le aconsejas sobre chicos... ¿Desde cuándo tienes vocación de casamentero?

Ethan leyó el mensaje un par de veces, pero no respondió. Dejó el visto en la conversación de WhatsApp y se concentró en el artículo que estaba escribiendo en su ordenador sobre el programa navideño de Snow Bridge para aquel año.

A su lado, Aidan le miró de reojo pero no preguntó nada. Mejor, se dijo, porque le hubiera respondido con una bordería. El mensaje de su hermana le había puesto de mal humor.

Él no pretendía nada con Amy, ¿es que uno ya no podía ser amable sin que aquello generase desconfianza a su alrededor?

Puede que se hubiera ganado el título de mujeriego oficial del pueblo a base de rollos de una noche y mujeres intentando cazarlo y reformarlo como si fuera el protagonista de una novela para chicas, pero era una buena persona, nunca mentía sobre sus intenciones y, jamás de los jamases, haría daño a alguien como Amy.

¿Se había masturbado el sábado al volver a casa pensando en ella? Sí. ¿Eso significaba que intentaría acostarse con ella? No. Sus acciones habían sido desinteresadas, y que Sophie lo

pusiera en duda no le gustó.

Con el enfado picándole en los dedos, decidió responder su mensaje.

ETHAN:

Según tú, ¿qué se supone que pretendía? Cené con Amy y le ayudé porque es una chica genial, no hay segundas intenciones.

SOPHIE:

Pues más te vale que sea así, porque ya sabes que mis amigas están prohibidas, hicimos un pacto.

Ethan gruñó. Cuando iban al instituto, Sophie le hizo prometerle que jamás tiraría la caña a sus amigas. Que podía romperle el corazón a cualquier chica, pero que ellas estaban prohibidas. Y aceptó, porque por aquel entonces le parecían solo unas niñas. Pero había pasado mucho tiempo desde aquello. ¿Acaso las promesas hechas durante la adolescencia no prescriben?

Bufó y se dijo que, igualmente, él no pensaba acostarse con Amy, así que aquella promesa era del todo innecesaria.

¿Verdad?

Capítulo 10



Al día siguiente, martes por la tarde, la cocina de la posada estaba en plena ebullición preparando la cena para aquella noche. Amy se movía como un pez dentro del agua yendo de un lado al otro, picando verduras, aderezando carne o aliñando ensaladas. Se le daba bien cocinar, era lo suyo y se notaba.

En un momento de descanso, cogió el móvil que guardaba en uno de los bolsillos del delantal y lo consultó. Tenía un mensaje de Wyatt, el arquitecto que había conocido por la aplicación durante el fin de semana.

WYATT:

¿Cuándo vas a decir que sí a la propuesta que te hice anoche? Quiero verte este fin de semana y conocerte, Amy.

Amy se mordió el labio inferior, indecisa. Solo hacía unos días que habían empezado a hablar y ya le había sugerido varias veces que era el tipo de chica que buscaba. Amy desconfiaba un poco de tanta insistencia, pero lo cierto era que habían conectado. Las conversaciones fluían y podían pasarse horas mandándose mensajes.

Una vez más, Amy respondió con una evasiva y le adjuntó una foto de los merengues que estaban preparando para el postre. No quería precipitarse después de lo de Ted.

Justo cuando estaba a punto de guardar el móvil, recibió un nuevo mensaje, esta vez de Ethan.

ETHAN:

¿Cómo va con el arquitecto?

Amy puso los ojos en blanco. Ethan parecía casi más interesada en Wyatt que ella misma. Desde que le comentó por mensaje que estaba hablando con él, no había dejado de interrogarle con el tema.

AMY:

Quiere que nos veamos este finde.

ETHAN:

¿Y tú qué le has dicho?

AMY:

Nada. Que es demasiado pronto.

ETHAN:

Error. Regla número uno cuando conoces a alguien por internet: No dejes pasar demasiado tiempo antes de conocerlo.

AMY:

¿Por qué?

ETHAN:

Para evitar perder el tiempo. Solo en persona sabrás si hay química o no. Las palabras son... palabras.

AMY:

Entiendo

ETHAN:

Queda con él.

AMY:

No sé, Ethan, las citas no se me dan bien. Me pongo nerviosa y la última vez que tuve una me hicieron *ghosting*.

ETHAN:

A no ponerse nervioso en una cita se aprende teniendo citas :).

AMY:

Para ti es fácil, has tenido millones de ellas.

ETHAN:

Yo no diría que millones pero no me quejo. A ver, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué no le gustes o no te guste? Pues *next* y a por otro. ¡Será por hombres!

AMY:

Oh, claro, porque tengo una horda de ellos haciendo cola en mi puerta queriendo salir conmigo...

ETHAN:

Yo saldré contigo.

Amy alzó las cejas, incrédula. ¿Qué?

AMY:

¿Qué soy? ¿Tú buena acción del año?

ETHAN:

A ver, dices que no se te dan bien las citas, ¿no? Si sales conmigo y ves que no es para tanto seguro que estarás más relajada con ese Wyatt. Sería como un entreno para una cita real.

Definitivamente, Ethan Winter había perdido la cordura.

AMY:

¿Y por qué harías eso por mí?

ETHAN:

Porque al contrario de lo que la gente piensa soy un buen tío y quiero ayudarte.

AMY:

Supongo que estoy llena de prejuicios.

ETHAN:

Tranquila, te perdono. Te paso a buscar mañana sobre las seis y media y cenamos juntos por ahí.

Amy no daba crédito. ¿En serio iba a salir con ella para "entrenarla" para una cita? Si aquello fuera una de las novelas románticas que leía, ambos acabarían enamorándose. Lo había leído decena de veces. Pero ni ella era la protagonista de una novela romántica ni Ethan un mujeriego empedernido emocionalmente accesible.

AMY:

De acuerdo, nos vemos mañana.

Guardó el móvil e intentó concentrarse de nuevo en el menú de aquella noche.

Lejos de allí, en otro pueblo de Vermont...

Ethan respondió a Amy con el emoticono de un guiño de ojo y guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón, mirando de reojo a la chica morena de la barra de aquel bar que, de vez en cuando, le lanzaba una caída de ojos seductora.

Estaba en un pueblo a varios kilómetros de Snow Bridge, dónde había tenido que ir a cubrir una noticia. Aquella noche la pasaría allí, en la habitación de un hotel, para no tener que recorrer las carreteras nevadas hasta que la máquina quitanieves de primera hora hiciera su trabajo. Se había levantado un temporal bastante impresionante y los copos de nieve caían con ímpetu sobre el suelo. Desde los ventanales del bar podía ver como cada vez nevaba más fuerte y con más intensidad.

—¿Me invitas a una copa? —preguntó la chica de la barra sentándose en su mesa, frente a él.

Interesante. Que hubiera decidido acercarse a él significaba que era una chica directa, y eso le gustaba.

—Claro, preciosa, ¿qué quieres tomar?

—Joanne, me llamo Joanne. Y quiero lo mismo que estás tomando tú —dijo señalando su copa.

Ethan chasqueó los dedos, pidió al camarero la bebida y sonrió a la chica con una de esas sonrisas estudiadas que tan bien funcionaban en aquellas ocasiones. Luego, bebida en mano, ambos se enzarzaron en esa clase de conversación trivial que era un preludio para el sexo.

Pero algo ocurrió mientras las miradas volaban y las sonrisas hacían promesas.

Ethan pensó en Amy y, de repente, aquella mujer dejó de interesarle.

Aquella noche, Ethan regresó solo al hotel.

Capítulo 11



Al día siguiente al mediodía, Amy quedó con su hermana Olivia para almorzar en la cafetería de Joe. Aún no habían hablado sobre la cita que Olivia tuvo con Jess el domingo, y Amy estaba como loca por saber cómo había ido la cosa. Seguía desconfiando de Jess, esa era la verdad. Era un chico conflictivo y, aunque Kyle le había hablado maravillas de él y de lo responsable que parecía ser, ella seguía teniendo muchos prejuicios.

Al llegar a la cafetería, Olivia ya estaba allí. Se sentó con ella, pidieron unos sándwiches a Joe y tras un intercambio trivial de palabras, Amy fue al grano.

—¿Qué tal con Jess el domingo?

Los ojos de su hermana brillaron y supo sin necesidad de que se lo confirmara de que estaba colada, muy colada por aquel chico.

—Bien, la verdad es que fue super especial. Fuimos al cine, compartimos palomitas y fuimos a cenar a una hamburguesería.

—¿Al final no fuisteis a su casa? —preguntó Amy con alivio.

Una sonrisa traviesa se esbozó en los labios de Olivia.

—Dijo que su compañero de piso al final estaría y me llevó a un motel —dijo mordiéndose el labio.

—Vaya... —Amy volvió a preocuparse. Su rostro se tensó al máximo—. Entonces, apenas os conocéis, ¿no crees que es un poco precipitado acostarte con él en la primera cita?

—¿Por qué? Amy, el sexo es sexo. Y la verdad es que Jess sabe lo que se hace, no como otros tíos con los que he salido que parecían necesitar un croquis para acertar el agujero por donde la tenían que meter. Ya me entiendes.

Amy la miró horrorizada. ¿En serio había hombres tan cafres? Por otra parte, sabía que su hermana ya era mayorcita para cuidar de sí misma. Tenía 20 años y más experiencia en el amor y las relaciones que ella, pero era inevitable sentir el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. No quería que le hicieran daño, y el tal Jess tenía toda la pinta de ser un rompecorazones.

—¿Cuándo tenéis pensado volver a salir?

—Este jueves, aunque como trabajamos en *Snowflakes* quedaremos al mediodía.

—Prométeme que tendrás cuidado, Olivia.

—Te lo prometo. En el caso de que me meta en medio de una trata de blancas o de venta de drogas, huiré sin mirar atrás —respondió Olivia claramente divertida.

—Ja ja ja —rió Amy irónica.

—No es el macarra peligroso que crees, Amy. De verdad. Él solo... ha tenido mala suerte en la vida. Solo eso.

Sin embargo, Amy no podía evitar seguir desconfiando.

?? ?? ??

Aquella misma tarde, tras dejar la cena de la posada lista, Amy se marchó a casa con la intención de prepararse para su cita con Ethan.

Tragó saliva con fuerza al pensar en la cita-entreno que iba a tener con él. Por muy ficticia que fuera, no pudo evitar ponerse nerviosa. Sabía que era una tontería, que Ethan solo lo hacía para ayudarla de cara a la cita que tendría ese fin de semana con el arquitecto, con el que ya había quedado para el sábado. Pero era inevitable que las mariposas se pasearan por su vientre como si tuvieran derecho a hacerlo. Como si aquella cita fuera algo más.

Se deshizo de esa línea de pensamiento de un bufido, abrió la puerta del armario y analizó el contenido con detalle. ¿Qué debería ponerse? No quería arreglarse de forma excesiva, pero tampoco quería ir demasiado informal.

Al final se decantó por un vestido floreado, unas botas con cordones con un poco de tacón y forro interior y leotardos. Se maquilló un poco: colorete para las mejillas y rosado para los labios. El pelo lo dejó suelto sobre los hombros tras ondularlo con el rizador. Cuando se miró al espejo se sintió... guapa.

Cuando llamaron a la puerta, el corazón de Amy dio un salto dentro de su pecho. Se puso a toda prisa el abrigo de paño negro, bufanda, gorro y guantes (desde el día anterior había empezado a nevar con intensidad y hacía mucho frío en Snow Bridge) y salió de casa.

Al ver a Ethan sintió como los músculos de su estómago se le tensaban. Estaba... guapísimo. Se había afeitado la barba de días que solía ensombrecer su mentón, llevaba unos pantalones chinos de color caqui y una camisa elegante de color azul clarito que vio tras el abrigo gris oscuro que llevaba encima. Una bufanda de rayas se enrollaba en su cuello. El pelo moreno permanecía alborotado como siempre.

—Joder —exclamó Ethan al verla—. Estás preciosa.

Las mejillas de Amy se sonrosaron.

—Gracias. Tú también estás precioso.

—¿Precioso? —Ethan pasó un brazo por sus hombros sonriente y le invitó a salir del edificio con él—. Regla número uno para la cita perfecta: no le digas a un tío que está precioso. Los tíos somos fuertes, rudos, imponentes... no preciosos. Ese término pone a prueba nuestra hombría.

—¿He puesto a prueba la tuya? —preguntó Amy divertida.

—Para nada, pero otro que no tenga tanta confianza en su virilidad como la tengo yo en la mía, puede sentirse cohibido.

Ethan le abrió la puerta de su coche y ella se sentó admirando la tapicería brillante. Inspiró el olor fresco del ambientador que colgaba del espejo retrovisor. Ethan no tardó en ocupar el asiento del conductor. Encendió la radio y, segundos después, arrancó el coche alejándose del centro del pueblo, dónde ambos vivían.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella con curiosidad.

Cuando Ethan le propuso aquella cita, ya supuso que no cenarían en Snow Bridge. Hacerlo hubiera sido convertirse directamente en la comidilla del pueblo. Además, Amy no había explicado aquello a sus amigas. Sabía que se preocuparían por ella innecesariamente.

—Ahora lo verás, pequeña. Estoy convencido de que te encantará.

Amy no quiso que su estómago se calentara con aquel "pequeña", pero no pudo evitarlo.

Ethan le hacía sentir magia, como la sentía cuando leía una de esas novelas de amor que coleccionaba soñadora.

Capítulo 12



Media hora más tarde, Ethan aparcó el coche frente a un edificio de piedra ubicado en un pueblo cercano. Vio a Amy alzar las cejas con suavidad, analizándolo, y Ethan sonrió con regocijo al comprender que era la primera vez que alguien la llevaba allí.

El restaurante se llamaba *El bosque encantado* en honor a un patio interior lleno de árboles, enredaderas y guirnaldas de luces bajo el cual había una decena de mesas redondas con manteles elegantes y velas pequeñas dispuestas por todas partes. Entre la vegetación podía encontrarse figuras de pequeñas hadas y duendes escondidas. Además, en aquella época del año, la decoración habitual convivía con la decoración navideña.

Fue allí donde el camarero los llevó. A pesar de que nevaba, un toldo grueso de madera cerrado con paredes acristaladas era el encargado de evitar que la nieve cayera dentro del patio. Además, había estufas de exterior para calentar el ambiente. Ethan en todo momento se fijó en Amy y su expresión, que pasó de la incredulidad al asombro en cuestión de segundos. Cuando se sentaron, ella fijó sus ojos verdes, abiertos de par en par, en él.

—¿Cómo puede ser que yo no conociera este sitio? —preguntó.

—Es mi secreto mejor guardado. No sé cómo no se ha hecho más popular por la zona, la verdad. Pero a mí me va bien, así puedo traer a las chicas que me interesan y sorprenderlas.

—Ajá. —Amy asintió—. Así que este es el secreto de Ethan Winter para que sus conquistas caigan rendidas a sus pies.

—Yo no lo diría así, porque tengo muchos otros encantos, pero supongo que ayuda —dijo Ethan con una sonrisa, pagado de sí mismo.

Amy rodó los ojos evitando ponerlos en blanco y cogió la carta para analizar el contenido. Le gustó lo que vio teniendo en cuenta la forma en la que sus labios se arquearon con una sonrisa. Ethan le dijo que pidiera para ambos cuando el camarero se acercó, y eso hizo ella, señalando varios platos del menú.

—Bueno, Amy... ¿cómo va la cosa por ahora? —preguntó Ethan cuando el camarero marchó.

—Pues bastante bien, la verdad —respondió ella, aunque por la forma en la que se frotó las manos Ethan comprendió que estaba nerviosa.

—A ver, imagina que soy ese arquitecto con el que vas a quedar el sábado. —Ethan se inclinó hacia delante y alzó una ceja de forma incisiva—. Acabamos de sentarnos en la mesa del restaurante y hemos pedido la cena. ¿Qué harías ahora?

—¿Pedir al camarero que se apresure con la botella de vino? —preguntó Amy soltando una risita nerviosa.

—Venga, ¿cómo romperías el hielo?

—No sé... —Se mordió el labio—. Supongo que sacando algún tema de conversación.

—Bien, ¿cuál?

—¿Trabajo?

—Es un comienzo. Pregúntame algo sobre mi trabajo.

La risa de Amy le cosquilleó el estómago.

—Perdona, es que todo esto me parece un poco... absurdo.

—¿Te parezco absurdo? —preguntó Ethan fingiendo indignarse.

—Tú no, ¡la situación!

—¿Por qué?

—Es evidente que esto no es una cita real, cuesta hacerse a la idea —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Vale, pero finjamos que es real, venga, ¿qué me preguntarías sobre mi trabajo?

Amy alzó las cejas, divertida, jugó con el dobladillo de la servilleta y asintió.

—A ver, Ethan, cuéntame, ¿en qué artículo estás trabajando ahora?

—Pues mira, Amy, me alegra que me lo preguntes, porque ayer mismo estuve fuera del pueblo haciendo un reportaje sobre...

La noche pasó rápido para ambos. Enlazaban temas de conversación sin parar y la luz de las velas hacía que el ambiente fuera íntimo y especial. Ethan se lo pasó tan bien que durante unos instantes se olvidó de que aquella no era una cita de verdad, sino una cita fingida, y que la chica que tenía delante riendo sus gracias no era una chica con la que pretendía acostarse sino Amy, la dulce amiga de su hermana pequeña a la que sólo veía como una amiga también. Porque solo la veía como tal, ¿verdad?

Cuando Ethan quiso darse cuenta, se quedaron solos en aquel patio de luz tenue y música de fondo suave. Amy reía tapándose la cara con las manos y él, contagiado con su risa, se carcajeó también.

—Entonces ¿fuiste tú el que esculpiste penes a los muñecos de nieve del concurso anual del pueblo durante la noche hace tres años?

—No me juzgues, estaba borracho.

—Dios, ¡culparon a Warren por eso! —dijo Amy riendo con las mejillas encendidas. Warren era el borracho del pueblo, un pobre diablo al que las circunstancias de la vida le habían llevado a beber por encima de sus posibilidades.

—Él se declaró culpable, ¿para qué iba yo a contradecirlo? Además, ni siquiera lo multaron.

—Así que Ethan Winter es un delincuente que vive al margen de la ley...

—Bueno... todos cometemos alguna locura de vez en cuando.

—Supongo —dijo Amy encogiéndose de hombros.

—¿Y qué locura has cometido tú, Amy Anderson?

Los ojos de Ethan y Amy quedaron enredados sobre la titilante luz de las velas. Amy despegó sus labios dispuesta a responder, pero antes de que pudiera decir nada, el camarero se les acercó avisándoles de que estaban a punto de cerrar.

Ethan se lo estaba pasando tan bien que no sabía lo tarde que era. Hacía años que no cerraba un restaurante con alguien.

Insistió en pagar él a pesar de que Amy quiso que pagaran a medias. Cogieron el coche y regresaron a Snow Bridge acompañados de un silencio cómodo mientras escuchaban las canciones rock que sonaban en aquel momento. En algún punto, Ethan bajó el volumen de la radio y miró a Amy de reojo.

—No me has respondido a la pregunta de antes.

—¿Qué pregunta? —preguntó Amy saliendo de su ensoñación.

—¿Qué locura has cometido tú?

Amy tardó en responder, pero cuando lo hizo, acompañó la respuesta con un movimiento negativo de cabeza.

—Creo que ninguna, no soy una chica impulsiva ni que disfrute haciendo temeridades. Probablemente, lo más loco y temerario que haya hecho en mi vida haya sido comerme una tarrina XXL de helado de vainilla con nueces de macadamia de una sola sentada.

Ethan rio.

—No me lo creo. Seguro que tienes mogollón de anécdotas interesantes que explicar.

Amy calló unos segundos mientras pensaba. Luego:

—Una vez bailé desnuda sobre la nieve en el patio trasero de tu casa —dijo de pronto como si acabara de recordar la anécdota.

—¡¿Qué?!

Ethan tuvo ganas de mirarla, pero en aquella zona había muchas curvas y había empezado a nevar bastante fuerte.

—Fue una de esas noches que Leslie yo nos quedábamos a dormir con Sophie. Jugamos a verdad o atrevimiento y Leslie me retó a hacer eso.

—¿Y dónde estaba yo y por qué no lo vi?

—Eran las dos de la mañana así que probablemente estuvieses durmiendo.

—Así que me perdí el espectáculo...

—No te perdiste nada, verme desnuda no es para nada un espectáculo. —Amy movió la mano restándole importancia.

—Pues a mí seguro que me lo hubiera parecido. Y uno de los buenos, además...

—Para ti sería un espectáculo ver desnuda a cualquier mujer...

—Eso no es cierto. Ver desnuda a mi hermana o mi madre no sería un espectáculo, sería una pesadilla —dijo haciendo una mueca de asco.

—Ellas no cuentan, son de la familia.

—¿Y qué me dices de Bonnie? La verdad es que preferiría no tener que verla nunca sin ropa.

Amy se rio pensando en la propietaria de la tintorería, que ya rozaba los setenta.

—Para su edad no está nada mal.

—No, pero hay cosas que no necesito ver. A Bonnie desnuda es una de ellas.

Amy asintió y desvió su mirada hacia el exterior, fijándose en los copos de nieve que danzaban sin tregua en el aire. A Ethan en aquel momento le hubiera gustado poder leer su mente, saber lo que estaba pasando en ese instante por su cabeza.

Llegaron a Snow Bridge cerca de la medianoche. Aparcaron en la avenida principal. Tardaron pocos minutos en llegar al rellano que compartían.

—Gracias por la cita ficticia más maravillosa del mundo —dijo Amy sacando las llaves de su bolso.

—Gracias a ti, me lo he pasado genial.

—Ojalá las citas de verdad salieran igual de bien —dijo ella soltando un suspiro.

—Solo es cuestión de encontrar a la persona indicada.

Y por alguna extraña razón, Ethan pensó que alguien como él podría ser la persona indicada. ¿Alguien como él o él? Trago saliva con fuerza.

—¿Sabes una cosa? —preguntó consiguiendo que Amy le mirara intrigada—. Teóricamente la cita aún no ha terminado. Hemos ido a cenar, te he acompañado a la puerta de casa como un

caballo y... ¿ahora qué?

—Ahora... ¿nos despedimos? —preguntó Amy un poco desconcertada

—¿Y cómo lo hacemos?

—Es la primera cita, así que con un beso en la mejilla bastará.

—Oh...

Amy dejó que Ethan se acercara, la cogiera de la parte baja de su espalda y la besara suavemente en la mejilla. Ethan se dijo que olía bien, muy bien. Demasiado bien. Jodidamente bien. Los labios entreabiertos de ella eran una tentación demasiado fuerte como para no querer pecar de lleno.

—Estoy pensando que, a lo mejor, la cita ha ido tan bien que un beso en la mejilla se queda corto —dijo sin dejar de mirar sus labios—. Y si esto va a ser un entreno, es mejor que sea lo más fiel posible de la realidad.

Entonces sí, ella levantó la mirada y leyó en sus ojos la aprobación. Asintió con suavidad y se pasó la lengua por los labios. Aquella fue la invitación que Ethan necesitó para acortar los centímetros que separaban sus bocas y besarla.

Sus labios encajaron con una naturalidad que volvió loco a Ethan. Los labios de Amy eran cálidos y suaves, perfectos. Subió la mano de la parte baja de su espalda hasta la nuca para profundizar un poco en el beso. Joder, como le estaba gustando besarla... Dejándose llevar por aquel beso, metió la lengua dentro de su boca. Sus salivas se entremezclaron en un baile de lenguas suave y delicado.

Oyeron un ruido subir por el hueco de la escalera. Alguien acababa de entrar en el edificio y con su ruido había roto el hechizo que mantenía vivo ese beso. Se separaron, se miraron a los ojos y, durante unos segundos, se observaron como si se estuvieran viendo por primera vez.

—Bueno —dijo Ethan apartando sus manos del cuerpo de ella—. Creo que el entrenamiento ha salido perfecto.

Amy no dijo nada, se limitó a seguirle con la mirada mientras él sacaba las llaves de su bolsillo, abría la puerta y se despedía con la mano.

Cuando Ethan cerró la puerta tras de sí, soltó un bufido nervioso.

Pero ¿se podía saber por qué diablos había hecho aquello? Se trataba de Amy, por el amor de Dios, no era uno de sus ligues.

Sin embargo, no pudo evitar tocarse los labios y sonreír como un idiota al pensar en el beso y en Amy.

Oh, oh, ¿se estaba metiendo en un problema?

Capítulo 13



Amy se despertó sintiendo un dolor martilleante en la cabeza. Aquella noche, no había dormido nada bien. Si había conseguido sumar en total dos horas de sueño, ya era mucho. Lo sucedido la noche anterior tenía la culpa de que no hubiese podido descansar.

Ethan Winter la había besado. En la boca. Con lengua.

Se tapó la cara con la almohada sintiendo como el rubor subía por sus mejillas. Ethan Winter le había dado un beso con lengua despertando con eso todas sus terminaciones nerviosas. La había besado y luego le había dicho que aquello formaba parte de su entrenamiento para la cita del sábado con Wyatt. Entonces, ¿solo ella había sentido ese calor intenso entre los muslos? ¿Esas ganas de dejarse llevar y acabar con él enredada en la cama?

Tragó saliva y empujó ese pensamiento en algún lugar apartado de su mente. Ethan y ella nunca serían nada. Ese beso no había significado nada. Debería interiorizarlo cuanto antes si no quería acabar con el corazón herido de nuevo.

Al consultar el móvil, vio que tenía un mensaje de Wyatt deseándole los buenos días. Le respondió con un emoticono de carita sonriente. Ni rastro de Ethan. Amy se dijo que debía enfocarse en Wyatt, que él sí estaba interesado de verdad en ella. Aquel sábado se conocerían por fin y podría sacarse al maldito Ethan de la cabeza.

Con ese convencimiento, se duchó, se vistió, desayunó algo rápido y se marchó al hotel.

?? ?? ??

La posada de Snow Home estaba preciosa toda cubierta de nieve, con las luces de navidad parpadeando en la fachada. Con el bosque de fondo, era como la estampa de una de esas postales navideñas que vendían en los quioscos. Amy estaba enamorada de su posada, sobre todo durante la temporada de nieve.

Cuando entró a la casa, se encontró a Leslie y a Sophie tras el mostrador de recepción. Se unió a ellas y a la conversación que estaban manteniendo sobre la inminente boda de Sophie. Apenas faltaba una semana para Navidad y para que Sophie y Gilbert unieran sus caminos para siempre.

?? ?? ??

Al día siguiente por la tarde, como todos los viernes, Amy se desvió del camino de regreso al pueblo para ir hasta la granja. Aparcó cerca de la valla que cercaba las hectáreas del terreno y miró la casa que la había visto crecer con el estómago encogido.

Siempre había pensado que, cuando se casara y tuviera hijos, los llevaría a la granja para que corrieran por el campo como había hecho ella con Olivia de pequeña. Le entristeció pensar que eso no sería así.

En aquel momento, con la vista fija en la casa, vio a dos hombres salir de allí acompañados de Steve Moore, el agente inmobiliario del pueblo, encargado de la venta de la granja.

Sintió como una bola se aposentaba en su garganta.

¿Esos hombres estaban interesados en la granja?

Hacia años que la granja estaba en venta. No era una propiedad muy atractiva teniendo en cuenta que estaba ubicada en un pueblo perdido que tenía 90 días anuales de nieve. Por eso, Amy había tenido el sueño de que, un golpe de suerte, le permitiera recuperarla algún día.

Esperó a que los hombres marcharan y se acercó a Steve antes de que este se subiera a su vehículo.

—¿Van a comprarla? —preguntó sin ni siquiera saludarlo.

—Ah, hola Amy, no te había visto. —Amy vio la culpabilidad brillar en sus ojos marrones—. La verdad es que parecían muy interesados. Quieren demoler la casa para convertirla en un desguace.

—¿En un desguace? —preguntó horrorizada.

Steve asintió, incómodo por aquella conversación.

—Lo siento.

Subió al coche y la dejó allí, desolada.

¿Iban a demoler el único hogar que había conocido en su vida para colocar en su lugar un cementerio de coches viejos?

Aquella noche, en casa de sus padres, hablaron de ello. Su madre dijo que ya le habían informado de la posible compra y que no podía hacer nada para evitarlo. Debían mucho dinero y no había posibilidad de recuperarla.

Cuando terminó de cenar, Amy acompañó a Olivia a *Snowflakes*, donde la esperaban sus amigos y donde su hermana entraba a trabajar hasta tarde. De camino al bar, Olivia le explicó que lo suyo con Jess había progresado.

De nuevo, Amy sintió una punzada de intranquilidad al pensar a su hermana con Jess, pero intentó calmarse diciéndose que Olivia ya era adulta y podía tomar sus propias decisiones.

Entro en *Snowflakes* y se sentó junto a Sophie, Leslie, Kyle y Gilbert. Hablaron, rieron y se divertieron. Cuando en algún punto de la noche recibió un mensaje de Ethan, decidió ignorarlo. Llevaba dos días, desde su cita ficticia, sin dar señales de vida y no iba a convertirlo en una prioridad en ese momento. En cambio, sí que respondió a Wyatt cuando este le preguntó por la hora de quedada del día siguiente.

Wyatt sí que era una prioridad. Debía serlo. Por el bien de todos.

Capítulo 14



Ethan miró el teléfono móvil una vez más. 24 horas después, Amy aún no le había contestado a su mensaje.

Era sábado por la noche, estaba en *Snowflakes* con Jason y Dean y no dejaba de pensar en que, a esas horas, Amy ya estaría reunida con el dichoso arquitecto. El dichoso arquitecto que le caía fatal a pesar de no conocerlo de nada. De hecho, solo sabía eso: que era arquitecto.

A su alrededor, la música y el murmullo de conversaciones ajenas le molestaban. De hecho, la voz de Dean comentando el último partido de fútbol que había visto, también le molestaba. Y las risas procedentes de la mesa de al lado donde una chica le miraba coqueta esperando que él se le insinuaba, también le molestaban. En realidad, le molestaba todo. Le molestaba todo porque estaba enfurruñado con Amy por no haberle respondido el maldito mensaje, y Ethan gestionaba el enfado de una forma bastante patética: pagándolo con el mundo en general y con los que tenía a su alrededor en particular. Cuando Ethan Winter se enfadaba, el mundo dejaba de ser un lugar maravilloso para convertirse en un lugar oscuro y taciturno. Por suerte, no se enfadaba a menudo.

—Tío, ¿se puede saber qué demonios te pasa? —preguntó Dean callando de golpe cuando Ethan resopló por enésima vez.

—Nada.

—Pues para no pasarte nada pareces un alma en pena, tío. —Jason le miró con los ojos entrecerrados.

—Y tienes una actitud de mierda —añadió Dean.

—¿Qué pasa hoy? ¿Es el día internacional para meterse con Ethan? —respondió dejando la jarra de cerveza sobre la mesa con un golpe tan fuerte que unas gotas se derramaron con el movimiento.

—Eh, tío, qué susceptible, solo estamos preocupados por ti —dijo Dean negando con la cabeza.

—Pues no os preocupéis por mí. Estoy bien. Genial, de hecho.

—Pues para estar genial te comportas como un imbécil —comentó Jason, que cuando quería podía ser un tipo directo que no se andaba por las ramas—. La última vez que estuviste de tan mal humor fue hace dos veranos, cuando aquella sueca de la que te colgaste te dio plantón.

Ethan suspiró, cuadró los hombros y se cruzó de brazos. La mandíbula tensionada dejaba en evidencia su enfado.

—No me colgué de ella, solo me gustaba, y no me enfadé, solo estaba decepcionado. Y eso no tiene nada que ver con lo de ahora.

—Está bien, no nos lo expliques. —Dean alzó las manos en un gesto de rendición—. Solo somos tus mejores amigos.

Ethan blanqueó los ojos y bufó una vez más. Odiaba que Dean hiciera uso del chantaje

emocional para conseguir que hablara cuando no quería hacerlo. Se mordió el carrillo inquieto y, finalmente, decidió disfrazar la verdad para explicar lo que le ocurría sin hablar directamente de Amy. Sabía que hablar de Amy en voz alta significaría tener que analizar lo que sentía por ella, e ignorarlo era mucho más cómodo que eso.

—A ver, hay una chica —soltó en un gruñido haciendo que sus amigos se rieran.

—Así que una chica, ¿eh? —preguntó Jason con una risita—. ¿La conocemos?

—No, no la conocéis —respondió cortante para evitar más preguntas al respecto.

—Vale, una chica desconocida. De acuerdo. ¿Qué pasa con ella?

—No lo sé, esa es la cuestión. No sé qué pasa con ella. Nos lo pasamos bien juntos, es dulce e inteligente, y conectamos. No dejo de pensar en ella, pero... Yo no quiero tener una relación estable y ella no es de las que buscan rollos casuales. ¿Qué me pasa?

Jason y Dean intercambiaron una mirada llena de significado.

—¿En serio no sabes lo que te pasa?

—Para ser tan listo, a veces pareces rematadamente tonto.

—¿Qué estáis intentando decirme?

—Que te estás enamorando de ella, así empecé yo y mírame ahora —dijo Dean haciendo referencia al hecho de que estaba casado y tenía una hija.

—Y yo —dijo Jason cuya relación también iba viento en popa.

—Bah, eso es imposible. Yo nunca me he enamorado, no voy a empezar ahora.

—No es como si se pudiera elegir. Cuando uno se enamora pasa y punto.

Aquella explicación no le bastó a Ethan para aceptar su teoría. Él no era el tipo de chico que se enamoraba de una chica y podía ofrecerle un final feliz para siempre. Lo intentó años atrás con Lauren, con quien estuvo saliendo durante la universidad. Pero no salió bien. No sentía por ella lo que se supone que debía sentir, y la dejó, porque prefirió ser sincero a herirla.

No sabía el motivo por el que era incapaz de comprometerse. No estaba traumatado ni tenía ninguna mala experiencia anterior que lo hiciera emocionalmente inaccesible. Solo era que nunca le había pasado eso de conocer a alguien y querer de esa persona algo más que un polvo de una noche.

Con Amy se sentía desconcertado. Deseaba meterla en su cama, por supuesto. Pero no solo eso. Quería más, mucho más. No sabía el que, pero más.

Miró el móvil de nuevo. ¿Por qué no le respondía?

Con esa pregunta palpitando en su interior, se terminó el contenido de su jarra y decidió regresar a casa donde esperaba aplacar su mal humor.

Capítulo 15



Amy miró el reloj una última vez antes de comprender que Wyatt le había dado plantón. De pie frente al monumento de George Washington de la plaza del ayuntamiento de aquel pueblo, Amy se sintió ridícula. Se mordió el labio y contuvo las lágrimas que se agolparon en sus ojos con intención de desbordarse de ellos.

Amy tenía muy claro lo que había ocurrido. Wyatt la había visto, no le había gustado y se había marchado sin decir nada. En aquel momento se sintió estúpida. Un torrente de humillación le recorrió las venas antes de conducir de vuelta hacia Snow Bridge.

Lo primero que hizo Amy al llegar a su piso fue ir hasta el dormitorio para quitarse la ropa de calle y ponerse el pijama. Nada más quitarse el vestido que había elegido para la cita, se miró en el espejo de cuerpo entero. Miró sus pechos generosos, su cintura de avispa y esas caderas desproporcionadas que nunca le habían gustado. Miró su abdomen, con la barriga abultada a causa de la grasa acumulada, y los muslos fofos que nunca había conseguido enderezar por mucho ejercicio físico que realizara. Su rostro era redondeado y sus facciones aniñadas. Viéndose así, Amy se dijo que era lógico que Wyatt la hubiera despreciado.

Se vistió con un pijama rosa de conejitos y se fue hacia la cocina con la necesidad de servirse un vino tinto que, con total probabilidad, acompañaría con unas cuantas galletas de chocolate que había horneado la tarde anterior.

Eligió una de las botellas que guardaba para ocasiones especiales, se sirvió una copa y colocó unas cuantas galletas en un plato dispuesta a tumbarse en el sofá, encender la tele y zambullirse en cualquier película que le ayudara a desconectar un rato. Justo entonces llamaron a la puerta.

Amy alzó las cejas; no esperaba a nadie. Miró por la mirilla y su corazón se aceleró al encontrarse a Ethan al otro lado. ¿Cómo sabía que se encontraba allí? Se mordió el labio preguntándose si sería mejor no abrir la puerta y hacer ver que no estaba en casa, pero la insistencia de Ethan al volver a llamar al timbre le llevó a enfrentarse a él con una sonrisa.

—Hola, Ethan, no te esperaba —dijo intentando disimular el nudo que le llenó el estómago.

—He oído el sonido de la puerta hace un rato y luego he visto la luz de la cocina encendida, como da al patio de luces... —explicó él encogiéndose suavemente de hombros—. Por lo que veo, la cita con el arquitecto ha sido corta.

Amy suspiró antes de responder. Estuvo a punto de decir una mentira para que Ethan no supiera lo patética que era, pero al final decidió sincerarse porque, a fin de cuentas, Amy no mentía nunca.

—No se presentó. Esperé una hora y Wyatt ni siquiera me mandó un mensaje para anular la cita.

—Pero ¡qué dices! —exclamó Ethan incrédulo—. Menudo capullo, debe haberse rajado en el último momento. Seguro que tiene novia y usa la app para serle infiel.

—No creo —dijo Amy tras un bufido—. Simplemente debe haberme visto, no le he gustado y se ha marchado sin decir nada.

—¿Qué? —Ethan lo miró perplejo por aquel supuesto—. Amy, te equivocas, eso es imposible.

—¿Por qué? ¿Por qué según tú es imposible, Ethan? —dijo notando las lágrimas picándole en los ojos—. No soy atractiva, Ethan. Estoy gorda. A mí no me importa, he aprendido a aceptarme así, pero los hombres buscan otra cosa. Debo aceptarlo y dejar de buscar algo que no existe.

—Amy, no digas eso...

Las lágrimas se desbordaron de los ojos de Amy.

—Ya. Mira, Ethan, has sido muy amable conmigo estos días. Ni te imaginas lo mucho que me has ayudado, pero debo aceptar la realidad: voy a quedarme soltera. Y no es que sea algo malo, las mujeres no necesitamos a un hombre para estar completas, ¿verdad? —Tras decir aquello, el llanto dominó a Amy y se puso a llorar de una forma tan desconsolada que se sintió avergonzada al instante, pero le era imposible detener las lágrimas. Limpiándose como pudo, miró a Ethan que la observaba sin hacer nada bajo el umbral—: Lo siento, Ethan, creo que necesito estar sola, ¿vale? ¿Hablamos en otro momento?

Sin embargo, Ethan no se movió. Lo vio tragar saliva con fuerza, dar un paso hacia delante y rodearla entre sus brazos. Al sentir el pecho de Ethan contra su nariz, Amy lloró aún más fuerte, como una niña pequeña que acaba de descubrir que la magia de los cuentos de hadas no existe.

—Amy... —susurró Ethan contra su pelo—. Todo irá bien. Te lo prometo.

—No puedes prometerme eso, Ethan —dijo separándose un poco para mirarlo a través de las lágrimas—. Nadie puede.

Ethan apretó su abrazo y Amy volvió a hundir su nariz en su pecho dejando que su olor la envolviera.

—Amy, por el amor de Dios, ni te imaginas lo que me duele escucharte decir algo así. Ojalá te vieras como yo te veo: preciosa, leal, buena, dulce... Eres la persona más maravillosa que he conocido nunca. Tienes el mundo a tus pies, solo que no lo sabes. El día que descubras todo lo que aportas a los demás, ese día, te darás cuenta que no existe hombre en la faz de la Tierra que te merezca.

Amy sonrió entre las lágrimas y aflojó el abrazo para volver a fijar sus ojos verdes en los de Ethan.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo, Ethan?

—Porque haces temblar todo mi mundo, mis esquemas y mis convicciones.

Amy alzó las cejas y le miró sin comprender. Ethan se limitó a observarla con los ojos brillando de forma especial. Y antes de que Amy pudiera despegar los labios para preguntarle por el significado de sus palabras, Ethan le acunó el rostro con las manos y la besó. La besó de una forma tan intensa que Amy tembló. Apresó sus labios, tanteó el interior de su boca con la punta de la lengua y Amy lo recibió con ganas. Encadenaron besos, sin hablar. Besos llenos de hambre y necesidad.

Sin pedir permiso, Ethan empujó a Amy dentro del piso y cerró la puerta tras de sí, sin dejar de besarla en ningún momento. Amy, dejándose llevar por las sensaciones que los besos de Ethan producían en su interior, desconectó su mente y decidió no pensar. Ya habría tiempo más tarde para arrepentirse.

Acabaron sobre el sofá, donde los besos de Ethan cada vez se hicieron más y más exigentes. Amy gimió cuando los dedos de Ethan la tocaron por encima del pijama. Sabía cómo tocarla para volverla loca.

Le quitó la parte de arriba del pijama y miró extasiado sus pechos dentro del sujetador que Amy había elegido para aquella noche, uno con encaje y puntilla que lo hacía resaltar poderosamente.

Amy solo había llegado tan lejos con un hombre una sola vez, y se puso tan nerviosa que se echó atrás en el último momento. No pasó eso con Ethan. Con Ethan se sentía cómoda. Quería más. Con Ethan lo quería todo.

Dejó que le quitara el sujetador y le besara y lamiera los pezones mientras sus manos bajaban el pantalón del pijama y se deshacían de él.

Mirándola con deseo, se arrodilló frente a ella y besó su sexo por encima de las braguitas antes de bajarselas también y dejarla completamente desnuda.

—Nena, ábrete para mí —dijo Ethan colocándose entre las piernas de Amy para tener mejor acceso a su sexo.

La primera vez que la lengua de Ethan rozó el clítoris de Amy, esta pensó que tardaría segundos en correrse. No se equivocó. La lengua de Ethan subía, bajaba, se movía en círculos y volvía a subir y bajar. Cuando el orgasmo la alcanzó, el mundo desapareció durante unos segundos. Solo existió el cálido hormigueo que la recorrió en una explosión maravillosa. Una sonrisa satisfecha cruzó su cara y, cuando abrió los ojos, buscó los de Ethan para decirle lo mucho que le había gustado. Sin embargo, este acababa de ponerse de pie y la miraba contrariado, como si acabara de despertar de un letargo.

—Ethan, ¿estás bien? —preguntó Amy tapándose la desnudez con uno de los cojines del sofá. De repente, se sentía demasiado expuesta.

—Yo... yo... —Ethan era incapaz de mirarla—. Tengo que irme.

Y, dejándola descolocada y con la incertidumbre nadando en su interior, Ethan se marchó.

Capítulo 16



Al día siguiente, Amy fue hasta la posada con el corazón en un puño y los músculos del estómago tensionados. Aunque los fines de semana no solía trabajar en Snow Home, aquel día tenía que hacer la prueba del menú de la boda de Sophie. George, el chef que la sustituía los fines de semana, sería el encargado del menú el día de la boda y tenía que comprobar que cumplía con sus exigencias al pie de la letra. A Amy siempre le había costado delegar cuando se trataba de su trabajo, por eso quería asegurarse de que dejaba aquello en buenas manos. Confiaba en George, siempre había cumplido con su deber de forma diligente y correcta, pero se trataba de la boda de una de sus mejores amigas, necesitaba asegurarse.

No había dormido bien aquella noche. No dejaba de pensar en Ethan. En sus besos, en sus palabras, en el sexo oral que le practicó y en la forma en la que se marchó de su casa sin darle una oportunidad para decir algo. Se sentía... perdida. Perdida y alucinada. Porque nunca imaginó que Ethan y ella acabarían de aquella forma. Ni en sus mejores sueños creía que Ethan y ella pudieran enrollarse.

Cuando llegó a la posada se encontró a Olivia en recepción. Sonreía como una tonta, era tan obvio que estaba enamorada de Jess que, en su fuero interno, la envidió un poco. Más allá de la evidente preocupación que sentía hacia su hermana por su relación con aquel tipo que le generaba desconfianza, sentía también algo de celos. A su alrededor todo el mundo avanzaba, se enamoraba y era feliz. En cambio, ella siempre elegía a los hombres inadecuados.

Cuando entró en la cocina, se encontró a Sophie y Leslie que bebían sentadas en una mesa mientras George, el chef sustituto, preparaba los ingredientes para la prueba del menú. Amy sabía que sus amigas estarían allí y, al verla, ambas saltaron de la silla y se acercaron a ella.

—¿Cómo fue ayer la cena con Wyatt? No respondiste a nuestros mensajes en el grupo de wasap —dijo Sophie alzando sus cejas rubias de forma sugerente.

—¿Tan ocupada estuviste que no pudiste respondernos? —preguntó Leslie mordiéndose el labio de forma pícaro.

Amy sintió la tensión apoderándose de ella. El interés de sus amigas le hizo sentir realmente culpable por no haber respondido a aquellos mensajes. Además, no podía explicarles lo sucedido con Ethan. Estaba convencida de que, de saberlo, ambas la tratarían con condescendencia. Ethan Winter no era una opción para Amy, así se lo habían hecho saber ambas tiempo atrás.

Con la boca seca, se encogió de hombros, intentando disimular aquella tormenta interior.

—Al final no apareció, así que poco hay que contar.

—¿Cómo que no apareció? —preguntó Leslie con los ojos abiertos de par en par—. ¡Con lo que insistió en que os vierais! Es realmente indignante, Amy. ¿No has vuelto a hablar con él?

Amy negó con la cabeza. De hecho, había apagado el teléfono durante la noche y no lo había encendido todavía, de allí a que tuviera los mensajes de las chicas sin responder.

—A lo mejor le ocurrió algo —dijo Sophie con los ojos llenos de decepción.

—Sí, le ocurrió algo: que es un capullo —sentenció Leslie.

—Eso no lo sabes, quizás ha tenido un accidente.

—Un accidente va a tener cómo me cruce con él algún día.

Amy negó con la cabeza; Leslie tenía un sentido de protección muy acusado cuando se trataba de sus amigas y su familia.

—Dejemos el tema, ¿vale? Yo estoy bien. Ha sido un palo, pero solo es un hombre. No soy tan débil como para derrumbarme por un hombre, ¿vale?

Sus amigas la miraron con desconfianza. Pensó en Ted. En aquella ocasión sí que se había derrumbado, pero las circunstancias eran distintas. De hecho, el remolino interior que le cosquilleaba la tripa poco tenía que ver con Wyatt... sino con Ethan.

A pesar de que no parecían muy convencidas, Sophie y Leslie aceptaron zanjar el tema y empezaron a hablar de los preparativos de la boda mientras Amy y George preparaban uno a uno todos los canapés, entrantes y platos que se iban a servir en el banquete.

Al terminar la jornada, Amy estaba exhausta. Sophie y Leslie hacía horas que se habían ido para casa para cambiarse, pues aquella noche celebraban la fiesta de despedida de Gilbert y Sophie en *Snowflakes*. En realidad, iba a ser una fiesta más, pues ninguno de los dos quería nada especial para la ocasión, solo despedir con sus amigos la soltería antes del gran día.

Amy no tenía muchas ganas de asistir a la fiesta, aún así, fue a casa, cenó algo rápido, se duchó y vistió con un vestido negro que estilizaba su figura y se dirigió a *Snowflakes* con la intención de pasarlo bien con sus amigos.

Kyle había decorado el pub de una forma especial. Globos de colores colgaban del techo y una pancarta con los nombres de los novios cruzaban el local de lado a lado. Además, había colocado dos sillas a modo de trono en medio del pub, donde Sophie y Gilbert, sentados en ellas, recibían a los recién llegados.

—¡Felicidades, pareja! —exclamó Amy abrazando primero a uno y después al otro—. Falta una semana para el gran día, ¿cómo van los nervios? —La pregunta se la hizo sobre todo a Gilbert, pues ya había hablado de eso con Sophie aquella misma mañana.

—En raya, supongo que cuando te casas con el amor de tu vida no hay nervios que valgan.

Al oír aquellas palabras, Sophie sonrió y besó a su chico en la boca, mirándolo con una adoración que hizo que Amy suspirara.

En aquel momento, al mirar hacia una zona donde habían colocado una mesa con algo para picar, localizó a Ethan. Su cuerpo se tensó al instante y las imágenes de lo sucedido el día anterior ocupó su mente.

Ethan besándola.

Ethan tumbándola en el sofá.

Ethan lamiéndole el sexo.

Tragó saliva y fue como si acabara de tragarse un puñado de tierra. Como si se hubiera sentido observado, Ethan levantó la mirada y clavó sus ojos en ella. Durante unos segundos, Amy notó como todo se desvanecía a su alrededor y solo existían ellos dos, separados tan solo por aquellos metros de distancia. El hechizo se rompió cuando Leslie apareció y la rodeó, alegre, por los hombros.

—¿Bailamos? preguntó su amiga sonriente.

Amy asintió pensando que, aquella noche, iba a hacerse larga.

Muy larga.

Capítulo 17



La noche pasó sin demasiados sobresaltos. Después de aquel primer encuentro visual, Ethan había ignorado a Amy el resto de la noche. Es más, ni siquiera le dirigió la palabra; era como si ella no existiera para él.

Intentó que la decepción que sentía no fuera evidente para nadie y se concentró en sus amigos que bailaban felices en medio de la pista, acompañados por gran parte de los habitantes de Snow Bridge. Amy quiso disfrutar también de la fiesta, pero era complicado hacerlo con la tormenta que azotaba su interior.

En un momento dado de la noche, al salir del baño, escuchó a Ethan hablando con una chica. Se trataba de Kelly, la hija de Grace, del supermercado. Flirteaban. Ella le preguntó cuando pensaba invitarla a cenar de nuevo y él le siguió el juego asegurándole que, cuando quisiera, tenía un plato caliente preparado en su casa. Toda una declaración de intenciones que Amy no le pasó inadvertida.

Amy conocía de sobras la fama de Ethan. Además, sabía que él y Kelly se veían alguna que otra vez para intercambiar algo más que palabras. A pesar de saberlo, Amy no pudo evitar que algo punzante le golpeará de dentro hacia fuera. Fue la certeza de que la posibilidad de que Ethan y ella tuvieran algo más que sexo era imposible. Por mucho que él le hubiera dicho cosas maravillosas la noche anterior, cosas que la dejaron descolocada y confundida. Pero la realidad era tozuda, Ethan no iba a cambiar y ella no iba a luchar por un imposible.

Deseando terminar por fin aquella noche, Amy buscó a sus amigas con la mirada y se despidió de ellas asegurándoles que estaba cansada, que había sido un día muy largo y que solo

tenía ganas de tumbarse en la cama y descansar.

Cuando salió de *Snowflakes*, nevaba. Los copos de nieve danzaban en el aire agitados por el viento. Mientras andaba en dirección a su casa, Amy se dijo que aquella noche elegiría una de esas novelas de amor que tanto le gustaban y se dejaría zambullir por ella y su magia.

No había conseguido cruzar la calle todavía cuando escuchó el sonido de unas pisadas tras de sí. Se giró y vio a Ethan llegar a su altura. Respiraba con dificultad mientras clavaba sus ojos castaños en ella.

—Ey, ¿ya te vas? —Una sonrisa se dibujó en su rostro y Amy se sintió estúpida cuando un cosquilleo bailó en su estómago.

—Eso parece —dijo Amy algo esquivada.

Siguió su camino, cambiando de acera y, para su sorpresa, Ethan la siguió.

—Pues te acompaño hasta casa.

—No hace falta. —Frunció el ceño al mirarlo—. No necesito guardaespaldas. Vivo a cinco minutos, deberías saberlo; eres mi vecino.

—¿Por qué noto cierta hostilidad en el tono de tu voz? —preguntó, perdiendo por completo la sonrisa.

—No sé a qué te refieres. Solo he puesto en evidencia que no es necesario que me acompañes. Además... Seguro que Kelly se preguntará dónde te has metido.

—¿Kelly? —Ethan frunció el ceño y al comprender el origen del enfado de Amy sonrió socarrón—. Ah, ya veo. Estás celosa.

—No estoy celosa —negó, caminando cada vez más rápido—. ¿Por qué iba a estarlo?

—No sé, quizás porque ayer te corriste de lo lindo en mi boca y te mueres de ganas de repetir.

Las palabras de Ethan le hicieron sonrojar al instante. Se detuvo de golpe, lo encaró con la

cara roja como un tomate y lo zarandeó tomándolo del brazo.

—¿Es necesario que lo sueltes de esa manera en voz alta? ¿Y si alguien te escucha?

—Si no hay nadie —dijo con una sonrisa tan burlona que Amy no pudo evitar lanzarle una mirada cargada de reproche—. Además, no he dicho nada que no sea cierto, ¿o me equivoco?

El sonrojo llegó a Amy hasta la punta de las orejas. Todo su rostro aniñado parecía de golpe haber sido hundido en un cubo de pintura roja.

—Ethan Winter, eres el tipo más engreído y arrogante que he conocido en mi vida. Pues déjame que te diga una cosa: por nada del mundo me muero de ganas de repetir. Tampoco fue para tanto, ¿sabes? —Amy era muy consciente de que estaba mintiendo, pero no quería engrosar aún más el ego de Ethan. Además, estaba incomodándola a propósito. Incluso después de decirle aquello, la sonrisa de Ethan no desapareció, al contrario. Fue como si lo hubiera desafiado, porque se acercó a ella de forma felina hasta que sus cuerpos quedaron tan pegados que pudo sentir el sonido del corazón de Ethan galopando frenético a través de su pecho.

—No me mires así, Ethan —dijo Amy incapaz de apartar los ojos de los de Ethan.

—Así... ¿cómo?

—Como si te importara.

—Es que me importas, Amy.

—Pues no lo parecía esta noche. Has pasado de mí durante toda la fiesta...

—Lo sé. —Ethan se mordió el labio indeciso antes de volver a hablar—. Temía que, si me acercaba a ti, la gente se daría cuenta de lo que me pasa contigo.

—¿Y qué te pasa conmigo? —preguntó ignorando la forma en la que los músculos de su estómago se contrajeron cuando sus miradas quedaron enredadas.

—No lo sé, aún estoy intentando descubrirlo...

Y antes de que pudiera ser consciente de sus propias acciones, los labios de Ethan se

cernieron sobre los suyos y ella se dejó llevar por ese beso. Por el roce suave de sus labios, por el movimiento que estos hicieron al buscar su lengua con deseo mientras entre sus piernas palpitó algo caliente y líquido.

No fue consciente de que aún estaban en la calle hasta que la luz de los faros de un coche les iluminó. Se separaron para mirarse a los ojos de nuevo unos instantes.

—Ethan, ¿qué se supone que es esto?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—No puedes seguir besándome así, sin más, sin explicaciones.

—¿No? ¿Por qué no? Me gustas, eso sí lo sé. Y me atraes, eso también lo sé. Pero es la primera vez que me desbordan los sentimientos de esta manera, dame tiempo, ¿vale?

Amy tragó saliva y asintió. Los dedos helados de Ethan apartaron un mechón de pelo de su rostro y volvió a besarla.

—Te acompaño hasta casa y vuelvo a la fiesta, que Sophie me estará esperando. Pero prometo pasar mañana por la noche por tu casa para hablar de sea lo que sea esto que tenemos, ¿vale?

El pecho de Amy palpitó con algo parecido a la esperanza, pero no quiso hacerse ilusiones otra vez.

Con una sonrisa, le permitió que le acompañara hasta casa, y una vez en la puerta, se dejó besar de nuevo varias veces hasta que Ethan, maldiciéndose en voz baja, regresó de nuevo a la fiesta de despedida de solteros de su hermana y Gilbert.

Capítulo 18



Ethan miró a Jacob, su hermano pequeño, y sonrió. El pequeño era una mezcla de Joe, el propietario de la cafetería, y Amber, su propia madre. Moreno, con los ojos azules y un poco gruñón, así era el pequeño. Con tan solo cuatro meses, ya le habían empezado a salir los dientes y se pasaba el día con los dedos en la boca o intentando pillar lo que fuera para morderlo y aliviar el dolor.

—No me puedo creer que alguna vez fuera así de pequeño —dijo Ethan a su madre que en aquel momento arrullaba a Jacob tras haberle dado el pecho.

—Pues lo eras. Y llorabas tanto o más que él.

—Debió ser un infierno criarme.

—Bueno, luego llegó tu hermana que en vez de llorar no dormía y te hizo a ti bueno —dijo ella con una sonrisa nostálgica que Ethan replicó.

Ambos se quedaron mirando a Jacob que, justo en aquel momento, cerró sus ojillos y boqueó.

Ethan nunca había tenido instinto paternal. Sí que había pensado de una forma ambigua y sin profundizar en ese pensamiento que algún día sería padre, pero jamás había cuantificado ese deseo. Quizás porque sabía que para ser padre antes tenía que formar una familia y nunca había estado muy por la labor de hacerlo. Ni siquiera cuando Dean se enamoró de Helen, se casó con ella y tuvieron a Kristen, Ethan sintió deseos de imitarle. El caso era que Ethan jamás había sentido el deseo real de tener descendencia y, sin embargo, en aquel momento, viendo la carita de su hermano pequeño durmiendo plácidamente, algo despertó en su interior. Una chispa seguida de una imagen. En esa imagen, era Amy la que sujetaba un bebé parecido a Jacob, pero no era Jacob, sino un bebé fruto del amor de ambos, con el pelo castaño de él y los ojos verdes de ella.

—Mamá, ¿cuándo supiste que estabas enamorada de Joe?

Los ojos de Amber dejaron de mirar a Jacob para mirar a Ethan. Una sonrisa prendió en sus labios antes de empezar a hablar.

—¿Por?

—Curiosidad.

—¿Hay alguien en tu vida?

Ethan tardó en responder, pero cuando lo hizo una sonrisa algo boba se dibujó en su boca.

—Quizás, aún estoy intentando comprender lo que me ocurre con ella.

Amber asintió, se levantó para dejar a Jacob en su cuna y volvió a sentarse en el sofá del salón, donde ambos permanecían sentados.

—La verdad es que no recuerdo muy bien cuando sucedió, Ethan. Ya sabes que Joe y yo hace años que somos amigos... décadas de hecho. Siempre hubo algo entre nosotros, es cierto, pero la vida nos tiraba hacia delante sin darnos tiempo a racionalizar ese algo, hasta que un día...

simplemente lo supe. Fue tras superar el cáncer. —Pudo ver como un escalofrío recorría las facciones de su madre al nombrar la enfermedad en voz alta. Amber tuvo un tumor en el pecho, y aunque lo pillaron en estados muy iniciales, el proceso hasta la recuperación completa fue largo —. Supongo que eso me hizo abrir los ojos, darme cuenta de que, si no aceptaba mis sentimientos hacia Joe de una vez, la vida se me escaparía entre los dedos. Y tuve miedo de aceptar esos sentimientos, ya lo sabes. Al fin y al cabo, el miedo es la medida del amor. Cuando conocemos a alguien al que amamos con todo nuestro corazón comprendemos también que su pérdida puede rompernos en mil pedazos, y esa certeza, se transforma en miedo.

Aquellas palabras por parte de su madre le parecieron una píldora de sabiduría que guardar en el rincón de aprendizajes para la vida. Ethan siempre había admirado a su madre, al fin y al cabo, ella sola había conseguido tirar adelante a su familia cuando su padre murió, darles una buena vida y una educación y, además, cumplir su sueño de tener su propia pastelería. Para Ethan, su madre era un ejemplo a seguir.

—¿Quieres hablar de ella?

—Es... complicado.

—Nadie dijo que el amor fuera fácil.

—Tampoco tengo claro que sea amor. Solo sé que me duele pensar en ella. Es... algo físico. Pero es demasiado pronto, creo, para llamarlo amor. Hace poco tiempo que empezó... esto. Sea lo que sea esto.

—El tiempo solo es una medida, cielo. Hay gente que necesita años para aceptar sus sentimientos y empezar una vida juntos, como Joe y yo, pero otros pueden conseguirlo en días, incluso en horas.

—Pero ¿y si la cago? No quiero hacerle daño, mamá. Ella es tan buena, ¿y si le hago promesas que no puedo cumplir?

—Pues no las hagas, cariño. Deja que las cosas fluyan y que encuentren su lugar poco a poco.

Ethan asintió. Tenía razón, de nada valía preocuparse aún. Primero tenía que aclararse a sí mismo, hablar con ella y ver hacia donde le conducía todo.

Capítulo 19



Amy se miró al espejo con el corazón en la garganta. Como siempre, se dejó el pelo suelto para disimular la redondez de su rostro y se pintó los labios de rosa.

Mientras movía el labio inferior con el superior para esparcir mejor el labial, Amy recordó lo sucedido la noche anterior. Ethan la había besado, y no solo eso, había confesado sentir algo por ella. Ni en sus mejores sueños Amy hubiera pensado que alguien como Ethan Winter pudiera fijarse en ella.

Volvió a concentrarse en su rostro de facciones aniñadas y se preguntó que había visto Ethan en ella. No se consideraba fea, pero sus kilos de más siempre le habían llevado a infravalorarse. Y él podía tener a cualquier mujer. Es más, estaba convencida de que solo con chasquear los dedos conseguiría a quién se propusiera.

Se preguntó si había elegido el atuendo adecuado para la cita: vaqueros ceñidos y jersey blanco con cuello de barca. Casual pero elegante. Habían quedado en verse en su piso a las siete, así que Amy había preparado algo para cenar.

Puntual como un reloj suizo, a las siete en punto, el timbre de su casa sonó. Amy sintió como todas sus extremidades se convertían en gelatina a causa de los nervios. Cuando abrió la puerta, Ethan al otro lado le sonrió con las manos escondidas a su espalda.

—Hola, preciosa.

—¿Qué escondes ahí? —preguntó divertida.

Ethan alzó una ceja y levantó una rama de muérdago adornada con un lazo rojo sobre sus cabezas.

—Una excusa para besarte.

Amy sonrió cuando Ethan se inclinó hacia ella y besó suavemente sus labios.

—No necesitas excusas para eso —dijo Amy ruborizándose.

—¿Eso significa que tengo barra libre para besarte cuando quiera?

—Supongo que... depende —dijo, bajando la voz en ese depende, porque esa era la realidad; todo dependía de lo que saliera de aquella noche.

Entraron en el piso y Amy sirvió dos copas de vino tinto intentando controlar la inquietud que nadaba en su interior.

El horno estaba encendido con la cena y un olor flotaba en el aire entremezclado con el del ambientador floral que Amy usaba.

De pie sin decir nada en medio del salón, a Amy le entró la risa tonta. Una carcajada brotó de su garganta y vertebró en su pecho, haciendo que, frente a ella, Ethan riera también.

—Lo siento, no sé qué decir, me siento... estúpida —dijo Amy encogiéndose de hombros, dedicándole la sonrisa más franca que fue capaz de dibujar en su cara.

—Tranquila, para mí esto también es nuevo. Es la primera vez que estoy en casa de una chica sin que el único motivo sea el de practicar sexo.

Amy se sonrojó. Tal como se había expresado daba a entender que seguía esperando que hubiera sexo en algún momento.

—¿Hablamos ahora o cenamos primero?

—Yo preferiría hablar primero. Vamos a estar incómodos hasta que tengamos la conversación.

Amy asintió, tenía razón. De hecho, tenía el estómago completamente cerrado. Se sentaron en el sofá con las copas en la mano y Amy esperó que Ethan empezara a hablar.

—Amy, quiero ser franco contigo desde el principio. Me gustas mucho, y lo que siento hacia ti es lo más intenso que he sentido ninguna mujer, pero no puedo prometerte que vaya a salir bien, ¿entiendes? Solo he tenido una relación estable en mi vida y duró tres meses hasta que me di cuenta de que prefería seguir soltero.

—Entiendo —dijo Amy algo decepcionada por el significado que ocultaban sus palabras.

—Sé que es egoísta de mi parte pedirte que me des una posibilidad y que esperemos a ver que nos depara el futuro, pero no sé hacerlo de otra manera.

—¿Qué significa eso? —preguntó Amy algo descolocada—. ¿Tendríamos una relación?

Ethan se encogió de hombros. Estaba sentado con las palmas abiertas sobre sus muslos, un gesto que mostraba lo mucho que se estaba esforzando por ser franco con ella.

—No es necesario que pongamos etiquetas, ¿no?

—Supongo que no, pero cuando hable de esto con Sophie y Leslie necesito poder explicarlo y la verdad es que no entiendo muy bien en qué nos convertiría... eso.

—¿En dos personas que se están conociendo? —preguntó Ethan con una sonrisa.

—Vale...

—Prenovios —dijo Ethan de golpe haciendo que Amy frunciera el ceño—. Puedes decirle que somos prenovios.

—Esa palabra ni siquiera existe.

—Si la usamos nosotros sí que existe, ¿verdad?

Amy negó con la cabeza, a pesar de que, en el fondo, aquel vocablo le encantó. Le gustaba pensar que estaban en la antesala de lo que podía ser una relación de verdad. Aunque Amy seguía teniendo dudas, muchas dudas, de que aquello pudiera funcionar.

—Ethan, yo también quiero decirte algo, creo que es justo que ambos seamos completamente sinceros el uno con el otro. —Tragó saliva con dificultad al ser consciente de que estaba a punto de abrirle su corazón al completo—. He estado colada por ti durante años desde que volví a Snow Bridge. Siempre he sabido que lo nuestro era imposible y que ni siquiera existía para ti, pero esa certeza no era suficiente para hacer desaparecer los sentimientos. Yo... hace un año, cuando Sophie regresó al pueblo, decidí que ya había llegado el momento de madurar y dejar de soñar con imposibles, así que decidí olvidarte. Y lo conseguí... más o menos. Hasta que te mudaste al piso de al lado y aquellos sentimientos renacieron del lugar donde los enterré. —Se mordió el labio y suspiró, sintiéndose de repente más ligera por haberse deshecho de todo aquello. A su lado, Ethan no decía nada y tampoco podía saber qué le parecía lo que le había contado porque tenía los ojos clavados en sus manos que sujetaban la copa de vino—. Lo que quiero decirte con todo esto es que yo no tengo nada que pensar, yo sé lo que siento y sé lo que espero de esto. No quiero presionarte ni mucho menos, solo quiero que seas sincero conmigo en todo momento, porque de lo contrario puedes hacerme mucho daño y creo que no lo merezco. Estoy dispuesta a intentar lo que sea contigo a pesar de saber que, con total probabilidad, acabaré con el corazón

hecho añicos.

Fue entonces cuando Amy levantó sus ojos y los clavó en los de Ethan. Estos brillaban como las luces de Navidad que decoraban el pequeño abeto que Amy tenía en un rincón del salón. Vio como la nuez de su garganta subió y bajó tras tragar saliva y, después, observó la forma en la que sus labios se curvaron en una sonrisa cohibida.

—No tenía ni idea de que hubieras sentido eso por mí, pero no quiero que pienses que no existías, porque no era así.

—Existía como Amy, la amiga de tu hermana pequeña.

—Bueno, supongo que en cierta manera era así —asintió acercándose más a ella. Sus rodillas se tocaron a través de la ropa—. Pero solo he necesitado unos días para darme cuenta de que no eres eso, o no solo eso. Eres mucho más. Eres la única capaz de reformar a un granuja como yo.

—No quiero reformarte —susurró Amy en un hilillo de voz. El rostro de Ethan cada vez estaba más y más cerca—. No quiero ser la chica que cree que puede cambiar al chico que le gusta. Solo tú puedes reformarte a ti mismo.

—Pues me reformaré a mí mismo por ti. Porque quiero estar contigo, Amy. Y hacía años que no me sentía tan vivo como me siento cuando te tengo cerca.

Ethan venció los centímetros que separaban sus bocas y la besó. Sus labios encajaron de una manera tan perfecta que Amy sintió como si, de repente, todo estuviera en su lugar. En cuanto la lengua de Ethan fue al encuentro de la suya, gimió, recordando inconscientemente la forma en la que esa lengua la había llevado al orgasmo la noche anterior.

—Y ahora que hemos aclarado las cosas, creo que ha llegado el momento de que cenemos —dijo Ethan con un gruñido ronco.

—Ahm... Vale —dijo Amy intentando recuperar la cordura, pues los besos de Ethan le habían hecho desconectar del momento presente. Intentó levantarse dispuesta a sacar la cena del horno cuando la mano de Ethan tiró de ella hasta que volvió a caer en el sofá, sobre su regazo.

—Amy, cielo, mira que eres ingenua... —Al ver como entrecerraba los ojos para mirarlo, añadió—: Cuando hablaba de cenar me refería a cenarte a ti, pequeña.

La cogió en volandas y la llevó a su habitación, aquella misma habitación que, unas semanas antes, había hecho que Amy llamara furiosa a la puerta de Ethan para pedirle que bajara el volumen de sus escauceos sexuales. Amy no podía creerse que ella estuviera a punto de protagonizar uno de ellos.

—Aquí hay demasiada ropa —dijo Ethan quitándole el jersey de un tirón, haciendo que el pelo se le encrespase ligeramente a causa de la electricidad estática contra el tejido.

Sus ojos se quedaron prendados de sus pechos bajo el sujetador, y enseguida los liberó para lamer y morder sus pezones.

Amy gimió y jadeó y, con el deseo impregnado en la mirada, desabrochó la camisa a Ethan dejando al descubierto sus perfectos pectorales. Cambiaron de postura y ella se puso encima para besar y lamer su cuerpo escultural, bajando por su torso hasta llegar al borde de los pantalones.

Amy no había practicado el sexo oral a un hombre nunca en su vida, y se sentía un poco insegura al respecto, a pesar de ello decidió empoderarse, quitarle los pantalones y los bóxers y tomar su erección con la boca para darle placer.

Ethan jadeó, agarró su pelo con la mano y le marcó el ritmo. Subió y bajó por su tronco mientras su lengua dibujaba espirales en la carne, se la metió toda en la boca y luego chupó el glande, mirándole a los ojos. Él la observaba con el deseo impregnado en la mirada, deseo que aumentó a medida que su boca fue subiendo y bajando con más rapidez por su miembro.

—Espera, pequeña, espera —le pidió él deteniéndola con un movimiento—. No quiero correrme aún. Déjame que juegue un poco contigo antes.

Volvieron a cambiar de postura y Amy volvió a estar tumbada sobre la cama. Ethan le quitó los pantalones y las braguitas y se colocó entre sus piernas, saqueando su sexo con ganas. Lamió, chupó y la llevó al borde del orgasmo. Se detuvo antes de que se corriera, tumbándose a su lado.

—¿Crees que podríamos...? —No terminó la frase y Amy entendió lo que le estaba preguntando. Le estaba pidiendo permiso para penetrarla.

Estaba excitada, tanto que solo pudo asentir con un movimiento de cabeza. Las ganas le hormigueaban entre las piernas. Ethan besó sus labios con ternura, fue hacia el salón y regresó poco después con un preservativo. Se lo puso y se tumbó de nuevo a su lado.

—Lo haré poco a poco, ¿vale? Si en algún momento quieres que nos detengamos solo tienes que decirlo.

Amy asintió y Ethan se colocó sobre ella. Amy rodeó su cintura con las piernas dándole acceso a su sexo y él, besándola con suavidad, se acomodó. Entró dentro de ella poco a poco, venciendo la barrera natural hasta que esta cedió y su erección fue recibida con ganas. Amy notó un pequeño escozor que enseguida fue sustituido por una sensación placentera que dominó por completo todo su organismo.

Amy se dejó llevar por las sensaciones que le produjeron las embestidas lentas y rítmicas de Ethan. Se notaba que estaba haciendo un verdadero esfuerzo para no penetrarla con más fuerza. En ningún momento dejaron de besarse y tocarse.

Amy no tenía muchas expectativas respecto a su primera vez. De pequeña sí que las había tenido, siempre había pensado que sucedería entre pétalos de rosas y música suave de fondo. De mayor los sueños pueriles desaparecieron y, en cambio, solo pidió que aquella primera vez fuera aceptable. Sabía por sus amigas que las primeras veces no era tan espectaculares como solían pintarlo en las películas y los libros. Por eso, se sorprendió al disfrutar del placer que dominaba todo su ser en aquel momento. Un placer que fue a más y que se incrementó doblemente cuando él le frotó el clitoris con los dedos.

—Nena, no creo que pueda aguantar mucho más —dijo Ethan con la voz tomada—. Déjate llevar conmigo.

Amy no sabía si fueron sus palabras, sus embestidas o la fricción de sus dedos en el lugar más sensible de su cuerpo, pero ocurrió. Un hormigueo recorrió su sexo y estalló en un orgasmo devastador que la dejó temblando varios minutos. Ethan se corrió después, susurrando su nombre al oído.

Acabaron tumbados uno al lado del otro, con las respiraciones aceleradas y la satisfacción ocupando cada poro de su piel.

—Bueno... pues, bienvenida al mundo de las no-vírgenes —dijo Ethan volteando sobre el colchón para posar un beso sobre su hombro.

—Gracias, supongo —Amy se mordió el labio intentando procesar todo lo que acababa de ocurrir en aquella habitación.

—Tengo que admitir que para ser tu primera vez no ha estado nada mal... Aunque, creo que tendríamos que practicar un poco más para mejorar la técnica —propuso Ethan alzando ambas cejas en un movimiento travieso.

—Ajá, pues sigamos practicando —rio Amy contra su boca cuando él le besó de nuevo. Y, sin más, Ethan le rodeó la cintura y le atrajo hacia sí una vez más.

Capítulo 20



Ethan abrió los ojos poco a poco, notando como una sensación de paz le inundaba por dentro. Hacía tiempo que no se sentía tan descansado y tranquilo. Enseguida comprendió que no estaba en su cama, sino en la de Amy. Una sonrisa satisfecha se dibujó sobre la pereza de la mañana. Se giró sobre la cama para mirarla. Ella aun dormía, de costado. La luz mortecina de la mañana dibujaba rayas en su espalda desnuda a causa de los agujeros de la persiana entreabierta.

En ese instante, a Ethan, Amy le pareció la chica más bonita del mundo.

Era consciente de que Amy no cumplía con los cánones de belleza establecidos, que su abdomen no era plano y que sus muslos no eran firmes y delgados, pero aquello no le importó; a Ethan le gustaba Amy en todo su conjunto. Y no solo por su belleza exterior, a pesar de que le parecía bonita con su cara de niña que rezumaba bondad y esas curvas que lo volvían loco. No, también le gustaba porque era una de las personas más buenas que había conocido nunca.

Recordaba cómo, una vez, siendo solo una niña, le dio sus guantes a Sophie porque ella había perdido los suyos. No le importó que al regalárselos la dejara a ella sin protección en las manos. Amy Anderson se desvivía por los demás, y eso era algo que todo el mundo en Snow Bridge sabía.

En aquel momento, Amy parpadeó. Tardó un poco en abrir los ojos, pero cuando lo hizo, sus iris verdes se clavaron en él de una forma adorable. Se sonrojó, supuso que recordando lo sucedido entre ellos la noche anterior. Después de aquel primer polvo, vinieron más. Y Amy, estuvo a la altura, ¡vaya si lo estuvo! A pesar de mostrarse un poco nerviosa al principio, enseguida su actitud cambió y actuó con él de forma desinhibida y sin pudor.

—Sigues aquí —dijo al fin, con la voz un poco pastosa.

—¿Y dónde querías que estuviera?

—No sé, es decir... Supuse que eras uno de esos chicos que huyen con la llegada del día. — Sonrió y supo que estaba bromeando.

En realidad, Ethan no era uno de esos tíos. Hasta hacía pocas semanas, vivía con su madre, por lo que nunca había llevado mujeres a su casa. De hecho, solía dormir en las de ellas. Y no, no era un cobarde que escapaba antes de que ellas despertaran como si en vez de una mujer se lo hubiera montado con una muñeca hinchable. Dormía con ellas, desayunaba a la mañana siguiente y luego se despedía sin hacer promesas que no podía cumplir.

—¿Cómo pretendes que me marche con las ganas que tengo de seguir jugando contigo? —Le besó en la boca y ella le recibió con ganas, dejando que sus lenguas se enredaran hambrientas.

—Estoy dispuesta a eso, pero antes necesito desayunar algo. Ayer al final no cenamos.

—Tienes razón. Vale, pues tú quédate aquí que yo prepararé el desayuno —dijo Ethan levantándose de la cama de un salto dejando al descubierto su cuerpo desnudo en todo su

esplendor.

Le gustó ver la forma en la que Amy tragó saliva al repasarlo de arriba a abajo como si fuera comestible.

—Estamos en mi casa —repuso Amy—. ¿No debería ser yo quién preparara el desayuno como buena anfitriona?

—De eso nada, necesito que estés descansada para lo que pienso hacerte después, así que quédate ahí quieta que ahora vuelvo.

Buscó los bóxers por el suelo, se los puso, fue hacia la cocina y canturreando una canción preparó huevos revueltos, bacon y tostadas. También preparó café y exprimió naranjas para el zumo. Le impresionó ver la cantidad de alimentos que Amy tenía dentro de la nevera. Se notaba que era chef, él no sabría qué cocinar con la mitad de ingredientes que encontró.

Cogió una bandeja que encontró apoyada contra el lateral del sofá, colocó todos los platos encima y la llevó a la cama. Amy se había puesto su camisa por encima y le encantó verla vestida con su ropa.

—Qué buena pinta... —dijo Amy mirando el contenido de los platos.

—No soy cocinero profesional como tú pero me defiendo.

—Algo debiste aprender de tu madre, ella también tiene mucha mañana. Sus tartas, pastelitos y galletas son de lo mejor que se puede comprar por la zona.

—Sí, tiene un don para los dulces, pero déjame decirte un secreto: es lo único que le gusta cocinar. Cuando se trata de la cena, se las suele apañar con platos precocinados hechos al microondas.

Le guiñó un ojo y Amy sonrió. En realidad, su madre cocinaba bien cualquier cosa, pero suponía que después de pasarse todo el día en la pastelería horneando lo último que le apetecía era encerrarse en la cocina para seguir cocinando. Era como llevarse el trabajo a casa.

Ethan cogió una tostada, untó mantequilla y desvió su mirada por el dormitorio de Amy. El día anterior con todo no se había parado a analizar los detalles, y le gustó hacerlo. Era un dormitorio muy femenino. El armario ropero era blanco y vintage, a conjunto con el tocador que tenía en otra pared bajo un espejo redondo con marco dorado. Unas guirnaldas de colores decoraban la ventana, otras, de luces, el cabecero de la cama de hierro forjado. La ropa de la cama era de tonos lilas, a conjunto con los cojines y la alfombra de grandes dimensiones que ocupaba prácticamente todo el suelo. Pero si hubo algo que llamó su atención fue las fotos que colgaban de la pared en un mural enorme. Muchas de ellas pertenecían a su época de adolescente con Sophie y Leslie, también había algunas de la universidad y otras de la posada de Snow Home cuando empezaron a rehabilitarla. También había fotos de su niñez y su familia, y aquella granja enorme de los Anderson cuyo destino desconocía. Miró a Amy que en aquel momento estaba tomando un poco de zumo de naranja recién exprimido.

—¿Qué pasó con la granja?

Amy le miró con los ojos ligeramente abiertos, como si aquella pregunta le pillara por sorpresa.

—¿No lo sabes? —preguntó con cautela.

—¿Debería saberlo? Es decir, sé que la perdisteis y que se la quedó el banco por las deudas, pero no sé muy bien toda la historia.

—Ya... Bueno, tampoco hay mucho que contar. Papá hizo una mala inversión dejándose llevar por los consejos de un amigo y perdió todos nuestros ahorros, y no solo nuestros ahorros, sino un préstamo que pidió al creer a ese amigo que le prometió que, si le hacía caso, le ayudaría a

hacerse rico. Obviamente era una estafa y dicha inversión una ruina. Nos quedamos sin granja y... ya está, eso es todo.

Ethan asintió. Conocía al señor Anderson, otra buena persona que, como Amy, solía fiarse demasiado de la gente. No le extrañaba que lo hubieran timado de esa manera.

—¿Y no hay posibilidad de recuperarla?

Amy negó con la cabeza.

—Imposible... Es mucho dinero. Yo siempre había tenido el sueño de que en un futuro pudiera ganar el dinero suficiente para comprarla y así ver crecer allí a mis hijos, pero, aunque el hotel va bien, no va lo suficiente bien como para poder meterme en una hipoteca como esa ahora mismo, y por lo que sé, hay gente interesada en comprar el terreno para convertirlo en desguace.

—¿En un desguace? —Ethan la miró sin dar crédito.

—Sí, por lo que se ve, eso es en lo que quedará reducido mi hogar, mi sueño de niñez.

Ethan notó la rabia que en aquel momento inundó a Amy. La entendió. Todos tenemos un hogar, un lugar que se convierte en refugio cuando estamos tristes, que nos devuelve a la niñez. Para él, ese lugar siempre sería la casa de su madre. Para Amy, ese lugar era la granja que ya, nunca más, podría recuperar.

—Lo siento —dijo depositando un beso sobre su hombro.

—No te compadezcas, Ethan. Es ley de vida. Hay cosas que no están destinadas a quedarse, aunque desees con todas tus fuerzas que sean eternas.

Ethan apartó un mechón de su pelo y esta vez le besó en los labios. Amy sonrió contra su boca y notó como la tristeza se disipaba poco a poco. En ese momento, Ethan deseó que aquello que tenían si estuviera destinado a quedarse.

Capítulo 21



Al día siguiente, Amy decidió explicar a Sophie y Leslie lo suyo con Ethan. Lo hizo tras preparar café y servir bollos en la mesa de la cocina de la posada de Snow Home. Le costó horrores empezar la conversación. Sabía que sus amigas se sorprenderían con la noticia. Más de una vez le habían sugerido que enamorarse de Ethan Winter era una pésima idea, por lo que podía imaginar sus reacciones. No se equivocó. En cuanto las palabras salieron de su boca, tanto una como otra mostraron su consternación y desconcierto.

—¿Prenovios? ¿Qué demonios significa eso? —preguntó Sophie que, a todas luces, había sido la más afectada.

—Significa que Ethan y yo nos estamos conociendo y que, si todo va bien, empezaremos una relación.

—¿Una relación? —se jactó Sophie—. Estamos hablando de Ethan Winter, el mujeriego oficial del pueblo, sabe tanto de relaciones como yo sobre física cuántica.

A su lado, Leslie asintió despacio.

—Cielo, ¿sabes dónde te estás metiendo? Ethan es un buen tío, pero no sé si es el tipo de buen tío del que una deba enamorarse. ¿Pasar un buen rato con él? Sí, ¿por qué no? Todo el mundo conoce de sobras su buena fama en la cama. Pero no creo que tenga madera de novio, la verdad.

Amy suspiró profundamente. Había esperado cierta resistencia por parte de sus amigas, pero odiaba que la trataran de aquella manera, con condescendencia, como si fuera tan estúpida de meterse en aquello sin saber a lo que se atenía.

—Chicas, entiendo vuestra preocupación, de verdad, pero no os estoy pidiendo permiso, solo os estoy informando. No soy ingenua y sé perfectamente que lo mío con Ethan puede terminar mal. De hecho, los dos somos conscientes del riesgo que corremos con ello. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿No arriesgarme y quedarme toda la vida con la duda de lo que hubiera pasado? —En aquel momento, Sophie y Leslie intercambiaron una mirada significativa—. Os lo he contado porque sois mis mejores amigas y quería que lo supierais. No espero vuestra aprobación, pero tampoco quiero vuestros consejos bienintencionados. Os prometo que pase lo que pase voy a estar bien. No soy tan frágil como creéis, de verdad.

—No creemos que seas frágil, Amy, simplemente no queremos que acabes con el corazón roto —dijo Sophie, mordiéndose el labio con inquietud—. Conozco a mi hermano, sé que nunca te haría daño a propósito, no es ese tipo de hombre. Pero siempre ha sido el eterno Peter Pan, me cuesta creer que vaya por fin a madurar y comprometerse.

—Sin embargo —prosiguió Leslie siguiendo el relevo a Sophie—, debemos darte la razón en todo lo que has dicho. Tienes todo el derecho a intentarlo con él si eso es lo que quieres y, al final, si resulta que la cosa no funciona, aquí estaremos para proporcionarte kilos de helado y horas y

horas de visionado de películas románticas para recomponer tu corazón roto, ¿vale?

Amy sonrió al sentirse finalmente comprendida. Sabía que no podía esperar que se alegraran por ella dadas las circunstancias, pero que la respetaran y la apoyasen era justo lo que necesitaba en aquel momento.

Tras aquello, Amy cambió de tema y preguntó a Sophie por la boda. Faltaban pocos días para el gran día y su amiga estaba nerviosa e ilusionada a partes iguales.

Mientras Sophie le narraba todas las emociones que nadaban por su estómago en aquel momento, Amy no pudo evitar soñar con un futuro donde Ethan y ella siguieran el mismo camino. Sabía que era peligroso enfocarse en el futuro. Sabía que aún era muy pronto. Aun así, sonrió dejándose llevar por aquel momento donde todo parecía posible, como en las novelas de amor que leía.

Capítulo 22



—¿Ethan Winter ha sucumbido a los encantos de una mujer? No puedo creerlo. —La voz socarrona de Dean, mirándolo a través de la jarra de cerveza que sostenía entre las manos, hizo que Ethan pusiera los ojos en blanco.

Había esperado que sus amigos se tomaran aquella confesión con cachondeo. A fin de cuentas, hacía unas semanas había declarado de forma contundente que no iba a enamorarse de ninguna mujer. El destino cuando quería podía llegar a ser muy inoportuno.

Estaban sentados en una de las mesas de *Snowflakes*, compartiendo una cerveza y hablando un poco tras la jornada laboral, aunque lo cierto era que Ethan se moría de ganas de marcharse de allí corriendo para ir en busca de Amy.

Se habían separado por la mañana y ya la echaba de menos.

Demonios, ¿qué estaba haciendo Amy con él? Nunca antes había tenido tanta necesidad de estar con otra persona con esa intensidad.

—Pensaba que Ethan Winter no se enamoraba. Que en vez de un corazón tenía una patata —bromeó Jason riendo entre dientes.

—Bueno, vale, puede que haya sido un capullo en el pasado, pero os hablo en serio. Creo que es ella.

—¿Ella? —Dean alzó una ceja con curiosidad.

—Sí, ella, la mujer de mi vida.

—Eh, tío, eso son palabras mayores —dijo Jason asombrado por las palabras de su amigo.

—Lo sé, pero es que cuando estoy con ella es como si todo tuviera sentido. —Al darse cuenta de lo que acababa de decir, las mejillas de Ethan se coloraron asombrado—. Oh, Dios, me he convertido en uno de esos tíos.

—¿Qué tíos? —Jason dio un trago a su cerveza esperando una respuesta.

—Uno de esos tíos moñas que sueltan cursiladas sin ton ni son cuando hablan de su chica.

—Todos cuando nos enamoramos nos convertimos en esa clase de tío —dijo Jason con una sonrisa.

—Bueno, ¿y no nos piensas decir quién es ella? —preguntó Dean con un guiño de ojos pícaro.

—Claro. —Ethan hizo un silencio dramático para mantenerles en suspense—. Amy. Amy Anderson.

—¿Amy Anderson? —Jason abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿La amiga de tu hermana? —preguntó Dean a su vez.

—Esa misma.

—¿Y cómo empezó la cosa? Es decir, hace tiempo que la conoces, ¿no? Es raro que de un día al otro los sentimientos cambien.

Ethan se encogió de hombros e intentó ordenar sus pensamientos mientras ponía palabras a lo sucedido aquellas dos semanas. La verdad era que todo había empezado con aquella llamada a su puerta mientras echaba un polvo con otra. De hecho, pensándolo fríamente, podía parecer un poco raro que todo empezara justo en ese momento, pero así fue. Cuando Ethan abrió la puerta y se encontró a Amy, algo dentro de él empezó a cambiar. Fue algo imperceptible; la semilla que daría lugar a lo demás. Todos los encuentros siguientes con Amy no hicieron más que regar aquella semilla hasta que poco a poco las raíces fueron rodeando su corazón hasta que los sentimientos fueron tan intensos que lo desbordaron.

Tras aquella explicación que acabó siendo un poco larga, recibió un mensaje de Sophie pidiendo verle. No necesitó que especificara el motivo, pues se lo imaginó. Quedaron en que pasaría por su casa tras salir de *Snowflakes* y eso hizo.

Nada más entrar por la puerta, Sophie dejó a Annie con Gilbert, le cogió del brazo y le llevó con ella a la cocina para estar solos.

—¿Cuáles son tus intenciones con Amy?

—Yo también me alegro de verte, hermanita —dijo con una sonrisa que intentaba aplacar el evidente escepticismo de su hermana.

—Ethan, te juro por Dios que como hagas daño a Amy vas a vértelas conmigo. Te lo advertí. Además, teníamos un pacto.

—Éramos dos niños, Sophie. Ese pacto hace tiempo que prescribió. —Ethan levantó las manos en signo de paz—. Además, créeme cuando te digo que no pretendo hacerle daño, joder. Amy me gusta en serio.

Sophie le atravesó con la mirada, como si intentara leer en su interior si lo que le estaba diciendo era verdad o no. Finalmente, acabó relajando las facciones de su rostro y suspiró.

—Entonces, ¿te gusta en serio?

—Me gusta todo lo en serio que me puede gustar una mujer. Sophie, no sé si saldrá bien porque no tengo una bola mágica que adivine el futuro, pero te prometo que intentaré que esto funcione, y si no funciona, me esforzaré para que duela lo menos posible. ¿Eso te vale?

Sophie asintió lentamente y luego esbozó una pequeña sonrisa en los labios.

—En el fondo sería bonito que una de mis mejores amigas y mi hermano acabaran casándose.

—Bueno, no corras tanto —dijo Ethan carcajeándose. Abrazó a Sophie y le dio un beso en la cabeza—. Pero sí, sería bonito que todo saliera bien.

Capítulo 23



El día de Navidad o, mejor dicho, el día de la boda de Gilbert y Sophie, nevaba. Aquella mañana, Snow Bridge se despertó cubierto con el manto blanco y esponjoso que lo caracterizaba durante aquellas fechas. Viendo las calles espolvoreadas de blanco desde la ventana de su apartamento, Amy no pudo evitar pensar que aquel era un buen día para casarse.

A Amy le encantaban las bodas. Era una de esas personas que leía la sección de crónicas de bodas en los periódicos y que soñaba con su propia boda en un futuro. Siempre había querido casarse vestida de blanco en la granja familiar, y aunque sabía que aquello sería imposible pues probablemente la granja acabaría convertida en un desguace dentro de poco tiempo, no perdía la esperanza.

Aquella mañana, Amy fue a la peluquería y dejó que Ava peinara su cabellera color caramelo en un moño de suaves ondas cubierto de flores blancas. También la maquilló de forma suave, resaltando sus ojos verdes con un ahumado en tonos sepia. Al regresar a casa, se puso el precioso vestido de novia de color azul que realzaba su figura y la chaquetilla de pelo blanca para resguardarse del frío.

Ethan pasó a buscarla a la hora acordada. Estaba guapísimo con aquel traje azul oscuro, la camisa blanca, el chaleco gris y la corbata azulada a conjunto con el traje. Juntos se dirigieron andando hasta la plaza central, decorada con mimo para que aquel día fuera especial.

El cenador estaba cubierto de flores blancas y guirnaldas de luces. Frente al cenador, habían colocado dos hileras de bancos separados entre sí, rodeados de estufas de exterior para no morir de frío aquel día tan invernal. En la plaza ya esperaban para la ceremonia una cincuentena de personas, al fin y al cabo, aquella boda iba a ser presenciada por prácticamente todo el pueblo, aunque fuera Navidad.

En aquel momento, frente a aquella cincuentena de personas, Ethan hizo algo inesperado: le cogió de la mano. Amy le miró de reojo, sorprendida, pues no era aquello lo que habían pactado.

—¿Estás seguro de esto? Darnos de la mano delante de todo el mundo lo hará... oficial.

—Hagámoslo oficial entonces, Amy.

—Pero...

—Cuando jugaba al fútbol en el instituto el entrenador solía decir: para ganar hay que comportarse como ganadores. Comportémonos como ganadores, Amy.

Amy entendió enseguida lo que había querido decir Ethan con aquello y sonrió. Dejó que sus dedos se entrelazaran y con las manos unidas entraron en la plaza, convirtiéndose enseguida en el centro de atención de todos los asistentes. Leslie, desde la otra punta de la plaza, le alzó el dedo pulgar y Amy no pudo evitar sentirse afortunada por tener a su lado nada más y nada menos que al hombre que, durante muchos años, había hecho latir con fuerza su corazón.

A medida que fue acercándose la hora de la ceremonia, tuvieron que ocupar sus puestos. Se acercaron al coche donde Sophie esperaba su momento en compañía de Amber. Al verlos llegar, bajó la ventanilla del coche y les dedicó una enorme sonrisa fijando sus ojos en los dedos entrelazados.

—¿Cómo está Gilbert? —preguntó ella visiblemente nerviosa.

Fue Leslie la que, tras llegar junto a ellos, respondió:

—Acaba de llegar y parece un flan de lo nervioso que está. Pero también se le ve feliz. ¡Me alegro tanto de que os caséis! —Leslie se inclinó hacia delante y besó a Sophie en la mejilla.

—A veces tengo miedo de estar viviendo un sueño —dijo Sophie emocionada—. Me aterra la idea de que todo lo que he ganado en este último año pueda desaparecer: Gilbert, Annie, vosotras...

—Eso no va a suceder, Sophie. Estás viviendo un sueño, sí, pero uno de esos sueños que se tienen estando despierta —dijo Amy.

Las tres amigas compartieron una mirada llena de significado, de complicidad y camaradería.

A la hora indicada, Ethan abrió la puerta del coche y le ofreció el brazo.

La boda de Sophie y Gilbert fue bonita, corta y sentida. Con la nieve cayendo a su alrededor, Sophie parecía una reina de las nieves real. A Amy le gustó fijarse en el rostro de Gilbert mirando a Sophie caminar hacia el altar, lleno de amor, orgullo y emoción. Pensar que se conocían desde niños y que habían sobrevivido a una ruptura y a años de separación, le pareció hermoso.

Leyeron sus votos, intercambiaron los anillos y se besaron bajo la atenta mirada de los habitantes de Snow Bridge que celebraron con vítores su unión mientras copos de nieve caían a su alrededor.

El banquete se celebró en el interior de la posada de Snow Home y todo fue a las mil maravillas. Ninguna de las pesadillas de Sophie estropeó el día. Incluso Jacob y Annie, los pequeños del grupo, estuvieron especialmente tranquilos aquel día, como si quisieran dar un respiro a sus respectivos progenitores.

En ningún momento, Ethan se separó de Amy. Y no solo eso, tuvo muestras de afecto en público que la sumieron en una nube. Fueron unas horas tan felices que cuando Sophie y Gilbert abrieron el baile, Amy no podía dejar de pensar en que ojalá aquel día no terminara nunca.

Ethan la sacó a bailar y enlazaron varias canciones hasta que Amy necesitó ir un momento al baño. Entró en uno de los cubículos para hacer un pis y, entonces, escuchó el sonido de varias voces femeninas irrumpir en la parte de fuera.

—¿Tenéis labial rojo? Me lo he dejado a casa. —Amy reconoció la voz de Kelly, la chica que había estado tonteando con Ethan en *Snowflakes*.

—Sí, yo, toma —dijo otra voz que no identificó.

—¿Habéis visto con quién ha venido a la boda Ethan Winter? —Aquella tercera voz tampoco sabía a quién pertenecía, pero los músculos de su estómago se tensaron al notar la burla en el tono.

—Con Amy Anderson —dijo Kelly dejando escapar una risotada—. No pegan ni con cola. Es cómo juntar a una gacela elegante con un hipopótamo.

Las risas de las tres chicas inundaron el espacio y Amy sintió como la rabia y la impotencia se convertían en lágrimas que empezaron a picarle en los ojos.

—No creo que duren —dijo una de esas voces no identificadas.

—Tú te has liado con él varias veces, ¿no?

—Oh, sí. Muchas. Es más, hemos quedado el lunes. Me ha pedido discreción, así que supongo

que querrá repetir.

—No debe ser muy agradable follarse a una morsa.

Más risas. Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas. ¿Por qué aquellas chicas estaban siendo tan crueles con ella? Durante el instituto había tenido que aguantar algún que otro comentario desafortunado, pero nunca a aquel nivel. Por otro lado, ¿por qué Ethan había quedado con Kelly? Es más, ¿por qué le había pedido discreción?

La inseguridad le sobrevino de pronto. ¿Y si Ethan estaba jugando con ella? ¿Y si nada de lo que le había dicho era cierto?

Esperó a que las chicas se marcharan del baño para salir de su cubículo con la cara llena de lágrimas que habían emborronado el maquillaje. Intentó arreglarlo como pudo y salió de nuevo al salón donde la gente seguía bailando. No vio venir a Ethan que la abrazó por detrás y depositó un beso en su hombro. Amy no pudo evitar apartarse incómoda. Lo que había escuchado en el baño resonaba dentro de su cabeza sin dejarle pensar en otra cosa.

Ethan la miró descolocado por su rechazo.

—¿Pasa algo?

—No, solo estoy un poco cansada —mintió.

—¿Quieres que nos sentemos un rato?

Amy asintió con la cabeza y Ethan y ella se pasaron el resto de la velada sentados y en silencio. Cada vez que Ethan intentaba iniciar una conversación, Amy le respondía con un monosílabo.

Cerca de la medianoche, Ethan sugirió que se marcharan a casa. Amy aceptó. Solo quería llegar a su apartamento y olvidarse de la conversación del baño. A pesar de todo, no lo detuvo cuando Ethan entró con ella en el piso. Ethan se quitó la americana, la dejó sobre una silla y se sentó en el sofá, mirando a Amy con desconcierto.

—Amy, ¿qué te pasa? Llevas mucho rato comportándote de una forma extraña.

—No me pasa nada. —Su voz sonó agria.

—Amy...

Amy se mordió el labio con las emociones desbordándola por dentro.

—¿Por qué has quedado el lunes con Kelly?

Ethan se quedó mudo durante unos segundos. La expresión de Ethan no dejaba lugar a la duda: allí había gato encerrado.

—¿Cómo sabes tú eso?

—No creo que sea importante ese detalle.

—Para mí lo es. —Parecía enfadado, muy enfadado.

—No me has respondido.

Ethan la miró con el enfado latente en sus ojos y suspiró con intensidad antes de hablar.

—¿Por qué se supone que he quedado con ella, Amy?

Aquella pregunta la pilló desprevenida.

—Yo no lo sé, eso deberías decírmelo tú.

—Llevas toda la tarde con cara de mierda y ahora me sueltas esto. Es obvio que has sacado tus propias conclusiones solita y que tu malestar se debe a ello. ¿Qué es lo que piensas que haré con ella? Dime, Amy, ¿qué?

Amy se sintió presionada, cuadró los hombros y se cruzó de brazos.

—No lo sé, Ethan, no tengo ni idea de nada, solo sé que mientras estaba dentro del baño he presenciado sin querer una conversación muy desagradable donde Kelly afirmaba que este lunes

os veríais para montároslo. ¿Qué querías que pensara?

—No sé, ¿quizás que era mentira?

—Eres Ethan Winter, el mujeriego oficial de Snow Bridge.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Que si quedo con una mujer es para follármela?

—No, por supuesto que no, pero todo sería mucho más sencillo si no te hubieras acostado con todas las mujeres del pueblo.

Las palabras de Amy salieron de su boca convertidas en balas que atravesaron el pecho de Ethan. Pudo ver cómo su rostro se contraía en una expresión llena de dolor. Era evidente que lo había herido.

—Vale. Muy bien, si eso es lo que piensas... —Se levantó del sofá, cogió la americana y salió por la puerta dando un sonoro portazo.

Capítulo 24



Al día siguiente, cuando Amy se despertó, lo hizo con la desazón estrujándole el pecho. Los recuerdos de lo sucedido la noche anterior con Ethan apenas le habían dejado dormir. En perspectiva, era consciente de que había sido muy dura con él sin motivo. Ella no era la clase de mujer que saca conclusiones precipitadas, sin embargo, las inseguridades hicieron mella en su interior llevándola a creer demasiado rápido las palabras de Kelly.

Era obvio que una parte de Amy también se preguntaba cómo era posible que alguien como Ethan estuviera con ella. Era una parte a la que intentaba acallar, por eso, cuando oyó a esas chicas burlándose de ella... perdió la cordura.

Se mordió el labio, cogió el móvil y decidió leer los mensajes entrantes a ver si tenía alguno de Ethan, pero no era así. En el fondo no lo culpaba. Se había portado como una estúpida con él, era ella la que tenía que enviar el mensaje primero.

Tragó saliva y tecleó el mensaje con rapidez:

AMY:

Ethan... ¿Podemos hablar sobre lo que ocurrió ayer? Creo que te debo una disculpa.

Esperó diez minutos con la mirada fija en la pantalla del móvil, pero Ethan no respondió. No quiso preocuparse, al fin y al cabo, lo que habían tenido la noche anterior solo había sido una discusión de pareja, ¿verdad?

Se dio una ducha, se puso ropa cómoda y decidió cocinar galletas para calmar los nervios. Estaba mezclando el azúcar con los huevos cuando llamaron al timbre. Fue corriendo a abrir pensando que sería Ethan, pero no, a quién se encontró fue a Olivia envuelta de un mar de lágrimas.

—Amy, Jess se ha marchado —dijo ella hipando.

—¿Qué? —La hizo pasar dentro de la casa y preparó una infusión de tila mientras su hermana era incapaz de hablar por la fuerza del llanto.

Le sirvió la infusión en una taza, se la tendió y esta fue dando pequeños sorbitos hasta que las lágrimas cesaron.

—¿Me puedes contar qué ha pasado? —preguntó Amy acariciándole el pelo.

—Él... me dijo que le gustaba, que quería estar conmigo, y... se ha ido. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y se mocó sonoramente.

—Pero ¿se ha despedido de ti?

—No, he pasado este mediodía por su casa porque habíamos quedado para vernos y su compañero de piso me ha dicho que esa misma mañana había cogido todas sus cosas y se había marchado. Que no sabía a dónde, que solo le había dicho que Snow Bridge se le había quedado pequeño y que se ahogaba aquí.

Volvió a estallar en llantos y Amy la abrazó. Pensó en su intuición, aquella que la había avisado desde el minuto número uno de que aquello con Jess no acabaría bien. Besó su cabeza con cariño y Olivia se dejó abrazar y mimar sin descanso.

—¿Sabes lo peor? —preguntó pasando la manga de su jersey por los ojos.

—¿Hay algo peor?

—Hace dos días que tiene que bajarme la regla y no lo hace. Yo soy muy regular y... no sé si...

Amy se quedó de piedra con aquella suposición.

—Pero, habéis usado protección, ¿no?

—Más... o menos.

—¡Olivia! —exclamó Amy fuera de sí mientras su hermana volvía a gimotear—. ¿Más o menos? En el sexo no existe la ambigüedad.

—No es tan fácil. Volvíamos de Burlington en su coche, estábamos cachondos, no llevábamos condones y me dijo que él controlaba... Así que, bueno, lo hicimos sin condón, pero se corrió fuera.

—¿Es que te saltaste las clases de educación sexual en el instituto? —preguntó Amy fuera de sí, gesticulando con fuerza—. Ya no se trata solo de si estás o no embarazada, es por todas las enfermedades de transmisión sexual que podías haber pillado. No sabes con quién ha estado ese chico.

Sus palabras fueron el detonante que consiguió que un llanto estridente volviera a poseer a Olivia. Amy intentó controlar un nuevo monólogo sobre lo irresponsable que era mantener relaciones sexuales sin condón, suspiró hondo y tomó el mando de la situación.

—Vale, vamos a hacer una cosa. Primero de todo, tú te quedas aquí mientras yo voy a la farmacia de Clouds Village para comprar un test de embarazo, no puedo comprarla aquí o se pensarán que es para mí y los rumores correrán como la pólvora. Después, una vez tengamos los resultados, pediremos hora al doctor para que te haga unos análisis y una exploración para descartar cualquier ETS, ¿de acuerdo?

Olivia asintió lentamente. Amy cogió el bolso y se marchó del apartamento rauda y veloz con la intención de salir de dudas en cuánto antes. Subió al coche y condujo hasta la farmacia de Clouds Village donde compró dos tipos de test de embarazo distintos. Estaba a punto de entrar en el coche cuando alguien la llamó. Se giró y se quedó de piedra al reconocer al chico que tenía delante como Wyatt, el arquitecto, el chico que le había dado plantón unos días atrás.

—Eres Amy Anderson, ¿verdad? —preguntó él algo cohibido.

Amy asintió y el chico se le acercó con una sonrisa comedida. Lo cierto era que, a pesar de ser el mismo chico de las fotos, su forma de moverse y gesticular le daban un aire completamente distinto a la idea que se había formado de él.

—Te he visto y no he podido evitar acercarme a ti al reconocerte. Eres... tal y como imaginé.

—Si hubieras venido a la cita, eso lo hubieras sabido.

—Sí... sobre eso... Lo siento. En el último momento surgió algo y no tuve opción de asistir.

—Podías haber mandado un mensaje para no tenerme esperando una hora.

Wyatt se mordió el labio, avergonzado.

—Tienes razón. Lo siento, pero perdí la noción del tiempo y cuando miré la hora ya era demasiado tarde y me daba corte explicarte la verdad.

Amy alzó una ceja para darle a entender que no tenía ni idea de lo que había querido decir con ello. Wyatt lo captó y le ofreció una explicación:

—Verás, Amy, justo en el momento que me dirigía hacia nuestra cita me reencontré con mi primer amor que había regresado al pueblo después de años fuera. Empezamos a hablar, me dijo de ir a tomar un café y le dije que sí sin imaginarme que se alargaría hasta las tantas. Podría decirte que lo siento, pero no sería verdad, porque gracias a ese café he recuperado a la mujer de mi vida.

A una loca por las historias de amor como lo era Amy, el relato de Wyatt la emocionó. Lo felicitó y cuando este le volvió a pedir perdón le dijo que no había nada que perdonar, que si el destino había puesto a esa chica en ese lugar y ese momento era por algo.

Amy tardó media hora en regresar a casa y cuando lo hizo se encontró con una Olivia más relajada, viendo la tele y comiendo helado. Nada más quitarse el abrigo, fueron hacia el cuarto de baño. De los nervios, a Olivia le costó horrores hacer pis sobre el palito correspondiente. Lo consiguió tras varios minutos de concentración. Después, las dos hermanas, con los nervios corriendo por su sistema nervioso, miraron como en la ventana del palito se pintaba una rayita.

—Una raya, Amy, hay una raya, ¿qué significa?

Amy leyó las instrucciones con las manos temblorosas.

—Una raya, ¿no? —Fijó su mirada en la raya visible del test—. Una sola raya: negativo.

Olivia y Amy se miraron y compartieron una mirada llena de alivio, pero esta enseguida desapareció. Al lado de la raya visible de color rosa, apareció una segunda ralla más clara que lo cambió todo.

Absolutamente todo.

Capítulo 25



Por segunda noche consecutiva, Amy no logró descansar nada. Aún tenía un sentimiento amargo recorriéndole las entrañas por culpa del embarazo de Olivia. El día anterior ambas hablaron durante mucho rato sobre sus opciones. Abortar, darlo en adopción o tenerlo; elegir cualquiera de las tres opciones sería un golpe duro. Además de aquello, estaba el hecho de que Ethan no había respondido a su mensaje. De hecho, según la aplicación de mensajería, ni siquiera lo había leído. Había llamado a su puerta la noche anterior, cuando Olivia se había ido del apartamento, pero si estaba en casa no abrió. Así que Amy tenía el corazón encogido ante la posibilidad de que Ethan hubiera decidido no apostar por su relación. Sabía que se había equivocado al creer demasiado rápido lo que Kelly había dicho, pero Amy era un saco de inseguridades y no había podido evitarlo. Quería pedirle perdón, pero era difícil hacerlo si él la esquivaba. Podía ir a verlo a La Gaceta de Snow Bridge, pero no quería irrumpir en su puesto de trabajo por un tema personal, así que se duchó, vistió y marchó hacia la posada de Snow Home.

Fue una mañana tranquila, sin muchos sobresaltos. Al mediodía, Leslie y ella almorzaron juntas; Sophie se había ido un par de días a una cabaña retirada con Gilbert, solo dos días porque no querían pasar mucho tiempo separados de Annie. Amy había pensado no explicarle nada sobre la discusión que había tenido con Ethan, pero al final, lo hizo. Su amiga la escuchó sin interrumpirla. Cuando terminó le sonrió con ternura y colocó su mano sobre la de Amy. Estaba claro que Kyle había dulcificado el carácter de su amiga, que siempre había sido incisiva y directa sin andarse con rodeos.

—Cielo, no sé por qué Ethan ha quedado con Kelly, pero estoy segura de que no tiene nada que ver con acostarse con ella. —Negó con la cabeza y soltó un suspiro—. A Ethan le gustas. Tuve mis dudas, lo reconozco, pero solo había que fijarse en la manera en la que te miraba durante la boda.

—¿Y cómo me miraba? —preguntó Amy llena de curiosidad.

—Como si fueras la única mujer del mundo, Amy.

?? ?? ??

Aquella tarde Amy se marchó pronto a casa. Solo quería llegar para ponerse el pijama y descansar. Abrió la puerta de su apartamento y, al entrar, tropezó con algo que habían tirado en el suelo. Era extraño que hubiera algo a allí; Amy era una persona exigente con el orden de las cosas, así que dio a la luz y miró lo que había golpeado al entrar. Se extrañó al encontrarse un

sobre grande, de color marrón, a su nombre. Alguien debía haberlo deslizado por la ranura de la puerta.

Lo cogió, se quitó la chaqueta y miró lo que había dentro. Sus ojos se abrieron con sorpresa al descubrir lo que parecía la copia del borrador de una escritura. La escritura de la granja de sus padres a su nombre. Soltó una exclamación de sorpresa y sintió el corazón latir con fuerza dentro de su pecho.

Sin pensárselo mucho, se colocó el abrigo de nuevo a toda prisa, cogió el sobre y salió a la calle caminando hacia el centro, donde estaba ubicada la agencia inmobiliaria de Steve. Entró por la puerta de la agencia echando el hígado por la boca y cuando vio a la chica que estaba tras el mostrador sus ojos no podían mostrar más asombro. Era Kelly. La misma Kelly que había proclamado con entusiasmo que Ethan quería montárselo con ella.

—¿Amy? —Kelly alzó los ojos de su móvil y la miró sorprendida por su presencia.

—Necesito hablar con Steve —dijo con la garganta seca.

—Él no está, pero yo quizás pueda ayudarte...

—¿Trabajas aquí?

Kelly asintió con la cabeza.

—Hace un mes que trabajo para Steve, ¿qué necesitas?

En su cerebro, poco a poco las cosas fueron encajando. Todo aquello empezaba a tener sentido, aunque no podía creerse que sus suposiciones fueran ciertas.

—¿Han comprado la casa de mis padres?

La boca de Kelly se abrió ligeramente y tardó unos segundos en responder.

—Eso es información confidencial, Amy...

—Kelly, han deslizado bajo mi puerta el borrador de las escrituras a mi nombre, necesito saber quién ha sido.

—Yo no puedo darte esa respuesta.

—Ha sido Ethan, ¿verdad?

La falta de negativa de Kelly fue una respuesta por sí misma. Amy tragó saliva con fuerza, y dio media vuelta sobre sus talones dispuesta a salir por la puerta, pero Kelly la llamó en el último momento. La miró con una ceja levantada. Kelly volteó el mostrador y se acercó a ella.

—Ethan me ha dicho esta tarde que nos escuchaste a mis amigas y a mí hablar de ti en el baño durante la boda de Sophie y Gilbert. Siento mucho lo que dijimos, nosotras... no pretendíamos hacerte daño. De haber sabido que estabas ahí dentro no hubiéramos abierto la boca. —Al ver la expresión escéptica de Amy, Kelly añadió—: Sí, dijimos cosas horribles, pero fue llevadas por la envidia y los celos. Amy Anderson, ¿te das cuenta de que has cazado a Ethan Winter? No tienes la menor idea del tiempo que llevo yo soñando con eso...

Aquellas palabras hicieron que Amy sintiera cierta comprensión. No iba a perdonarle por haber sido cruel con ella. Nada excusaba haberla juzgado de forma gratuita, pero sabía lo que se sentía al no ser correspondido por la persona a la que amas, así que la perdonó.

Después de aquello, se despidió de Kelly, salió de la agencia y se dirigió a toda prisa hacia La Gaceta de Snow Bridge dispuesta a aclarar aquel asunto.

Capítulo 26



—Ethan Winter, ¿es qué te has vuelto loco? —Amy entró en la Gaceta de Snow Bridge y levantó el sobre con las escrituras de la casa por encima de su cabeza con el ceño fruncido y la expresión de incredulidad en el rostro.

En la redacción solo estaban Aidan y Ethan. Era tarde y el resto del personal ya se había marchado a casa.

Al escuchar la voz de Amy, Ethan apartó los ojos de la pantalla de su ordenador y miró a la recién llegada. Los ojos de ella brillaban y su pelo de color caramelo recogido en una coleta alta había dejado escapar algún que otro mechón sobre su rostro.

—¿Has comprado la granja de mis padres y pretendes ponerla a mi nombre? —preguntó de nuevo.

Amy se sentía realmente desconcertada con la información que Kelly le había dado. Según ella, pocos días antes, Ethan se había interesado por la granja, la había ido a visitar y había hecho una oferta en firme que el banco aceptó. No podía creérselo, ¡aquello era una locura! ¡Una maldita locura!

—Amy, ¿podemos hablar en otro momento? —preguntó Ethan un poco arisco.

—No, quiero que hablemos ahora.

—Estoy trabajando —expuso, frunciendo el ceño.

—Seguro que lo que estás haciendo puede esperar diez minutos.

Ethan suspiró, miró a Aidan que parecía un poco descolocado y le pidió que se marchara a casa, que ya terminarían lo que estaban haciendo al día siguiente. Una vez Aidan abandonó la redacción, fue hacia la puerta y colgó el cartel de “cerrado”.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Ethan señalando su escritorio.

Amy asintió y tomaron asiento. Ethan tras el escritorio y Amy frente a él, dejando el sobre en la mesa, entre los dos.

—Ethan, ¿qué significa esto? —preguntó Amy golpeando el sobre con un dedo de forma repetida.

—Creo que es obvio. —Ethan cuadró los hombros, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos, mirándola desafiante.

Seguía enfadado con ella y era tan evidente que Amy decidió que, antes de seguir con aquella conversación, debían aclarar las cosas.

—Creo que te debo una disculpa, Ethan. Te mandé un mensaje diciéndotelo, pero no lo has leído. O has elegido no leerlo. Quizás me merezco tu enfado por la forma en la que reaccioné con lo de Kelly pero creo que ignorarme no es precisamente la actitud más madura del mundo de encarar un problema. —Al ver que Ethan alzaba las cejas, pero no respondía, añadió—: Siento lo

que dije, no tenía derecho a hacerlo. Pero entiéndeme, sigue pareciéndome raro que alguien cómo tu elija estar con alguien como yo.

Ethan suspiró, negó con la cabeza y su cuerpo fue perdiendo tensión hasta que descruzó los brazos y sus ojos la escrutaron con ternura.

—Amy, ¿es que aún no te das cuenta? No se trata de que yo te eligiera. Simplemente no tenía opción a elegir, porque el amor no se elige, te elige. Porque tú eres el amor de mi vida. Aunque parezca una locura porque hace poco que iniciamos esta aventura. Pero no necesito más tiempo para saberlo. Es contigo con quién quiero pasar el resto de mi vida.

Amy se quedó de piedra escuchando las palabras de Ethan. Había soñado millones de veces que Ethan Winter le decía algo así, pero en todas esas ocasiones había despertado dándose cuenta de que aquello era fruto de su imaginación. Sin embargo, en aquella ocasión, se trataba de una escena real.

Ethan Winter, el mujeriego oficial del pueblo, acababa de decirle que quería pasar el resto de su vida con ella.

—No sé qué decir... —susurró Amy con la voz tomada.

—No hace falta que digas nada. No quiero presionarte ni mucho menos, pero quiero que entiendas que voy en serio contigo. Y, justamente por eso, necesito que confíes en mí. Esto no funcionará si no confías en mí, ¿lo entiendes?

Amy asintió tragando saliva con dificultad. Todo su sistema nervioso parecía bloqueado ante la presencia y las palabras de Ethan. Al ver que Amy no decía nada, Ethan prosiguió:

—Tengo un pasado y no puedo borrarlo, tampoco me avergüenzo de él porque nunca he hecho daño a nadie con mis acciones. Solo tienes que saber que soy la persona más fiel y leal que existe. Prometo que, antes de engañarte, si dejo de sentir lo que siento por ti, te lo diré.

Amy volvió a asentir y sintió como algo le encerraba la garganta. Le picaban los ojos por culpa de las lágrimas que pugnaban por salir, y al final, unas cuantas se deslizaron por sus mejillas.

—No entiendo por qué de todas las mujeres que existen has tenido que fijarte en mí.

—Eso es porque no puedes verte con mis ojos, Amy. Si pudieras hacerlo lo entenderías. Eres todo lo que un pobre hombre como yo necesita para ser feliz.

Amy sonrió y miró a Ethan con deseos de besarle, pero antes tenían que aclarar otro tema. Se limpió las lágrimas como pudo y volvió a señalar el sobre con las escrituras.

—¿Y esto?

—El otro día mientras desayunábamos comprendí lo importante que esa granja era para ti, así que decidí comprarla antes de que otros la convirtieran en un desguace.

—Pero... ¿por qué? ¿Y cómo? ¡Es mucho dinero!

—La verdad es que tenía bastante dinero ahorrado, al vivir con mi madre durante tantos años, nunca he tenido apenas gastos. Así que, entre eso y mi contrato indefinido, el banco me ha concedido la hipoteca sin problemas.

—Pero... ¿eso es una locura, Ethan! ¿Y si lo nuestro va mal? Nunca me perdonarás por haberte hecho gastar todos tus ahorros en la granja.

—¿Sabes qué pasa, Amy? Me niego a pensar que lo nuestro pueda ir mal. Actuemos como ganadores, pequeña.

Amy sonrió sintiendo como un mar de emociones le recorrían la tripa. Todo aquello no tenía sentido. ¿Cómo era posible que Ethan hubiera comprado la granja solo para hacerla feliz? Era mucho dinero, demasiado dinero. Y, sin embargo, ser consciente de lo que era capaz de hacer por ella le llenó de una esperanza que la iluminó por dentro con la fuerza de una estrella.

—Ethan Winter, eres el hombre más bueno y maravilloso que he conocido nunca.

Ethan sonrió, se levantó de la silla, volteó el escritorio y se sentó frente a ella de cuclillas para cogerle de las manos.

—No, tú me haces bueno y maravilloso. Amy Anderson, a riesgo de adelantarme mucho en el tiempo, te quiero.

Tras decir esto, acunó su rostro con las manos y le besó con intensidad. Amy se dejó llevar por aquel beso, sintiéndose la mujer más dichosa del mundo.

Amy nunca había soñado con reformar a Ethan Winter, pero hay veces que las cosas imposibles pasan sin soñarlas.

Epílogo



3 años después...

Era noviembre y la primera nevada de la temporada cubrió Snow Bridge con su manto blanco. Amy, desde una de las habitaciones de la granja, miró el terreno cubierto de nieve y sonrió.

Después de que Ethan y ella arreglaran las cosas, lo suyo fue viento en popa. Formalizaron su relación y se marcharon a vivir juntos. Tras hablarlo mucho, decidieron que la granja se la quedaran los padres de Amy. Ellos mejor que nadie podrían sacarle un buen rendimiento a las hectáreas disponibles. Además, Olivia finalmente decidió tener al bebé, y, con su llegada, necesitarían de espacio extra. Así que hicieron un pacto: Amy y Ethan se quedarían con la casita que los Anderson habían comprado en el pueblo y ellos ocuparían la granja. Desde entonces, todo parecía haber salido rodado. La relación de Amy y Ethan se volvió más seria y, tras un año y medio de noviazgo, Ethan hincó la rodilla en el suelo y le pidió matrimonio en medio del cenador de la plaza central sin importarle lo más mínimo quién estuviera mirando. Porque Ethan Winter estaba loco por aquella mujer y no le importaba que todo Snow Bridge lo supiera.

Cumpliendo con el sueño de infancia de Amy, decidieron casarse en la granja de los Anderson a principios de noviembre.

—Dios, Amy, estás increíble —dijo Sophie abrazándola con los ojos empañados en lágrimas. Una enorme barriga sobresalía del vestido de dama de honor que llevaba. Después de un par de años, Gilbert y ella habían decidido dar a Annie un hermanito—. Sigo sin creerme que vayas a casarte con mi hermano.

—Yo a veces tampoco me lo creo —confesó Amy, entre risas y lágrimas, embargada de una emoción que le recorría el pecho.

—Quién hubiera dicho que en menos de tres años estaríamos las tres casadas —añadió Leslie, sujetando entre sus brazos a Michael, un bebé pelirrojo de pocos meses.

Kyle y Leslie se casaron la primavera del año anterior y tardó muy poco en quedarse embarazada y dar a luz al pequeño Michael, que era una copia bastante exacta de su padre, pero en miniatura, con sus ojos azules y el cabello del color del fuego.

—Sí, ahora solo falta que te unas al club de las mamás —Sophie le guiñó un ojo y Amy asintió, porque ella siempre había querido ser madre.

Llamaron a la puerta de la habitación con los nudillos. El padre de Amy entró, vestido con un traje muy elegante que le hacía parecer mucho más joven.

—Ya es la hora, cariño.

—¿Ya?

Los nervios recorrieron el sistema nervioso de Amy. No podía creerse que, después de todo, ella fuera a tener su propio final feliz. Ella que se emocionaba cada vez que leía una novela de amor donde los protagonistas se casaban. Ella que llevaba años soñando con pasear cogida del brazo de su padre por la granja que la había visto crecer para casarse con el hombre de su vida. Después de todo... Iba a ocurrir, se iba a casar e iba a tener su propio final feliz.

—¿Preparada? —preguntó el señor Anderson tendiéndole el brazo.

Amy tragó saliva con dificultad y agarró el brazo de su padre con fuerza. Delante de ella, Sophie y Leslie cogieron sus pequeños ramos de flores y echaron a andar hacia el exterior.

El frío era intenso, pero aquello no impidió que un calor penetrante recorriera el pecho de Amy cuando llegó a la zona donde se celebraba la boda, frente al cobertizo de la granja. Sus ojos verdes se toparon con los ojos castaños de Ethan, que la observaba con tanta veneración que era imposible no sentirse afortunada.

Junto a ellos estaban todos los habitantes de Snow Bridge, sus familiares y amigos, todos ellos felices de poder asistir al enlace de dos de las personas más queridas del pueblo.

Sonrió al pasar por delante de Olivia y su sobrina Maggie. Estaba orgullosa de su hermana, de cómo había acabado la carrera de psicología y había abierto su propio despacho pese a ser madre soltera.

Sophie y Leslie se hicieron a un lado al llegar al altar improvisado hecho con ramas y flores y Amy llegó finalmente hasta Ethan, que le tendió su mano con la sonrisa más maravillosa y sincera del mundo.

—¿Preparada para ser mi para siempre, pequeña? —susurró él sin dejar de sonreír.

—Nunca antes me he sentido más preparada para algo.

¿No quieres perderte ninguna de mis novelas?

Hola, soy Ella Valentine, la autora de esta novela. Quiero darte las gracias por leer la historia de Amy y Ethan, la última entrega de Las chicas de Snow Bridge.

Si te ha gustado esta novela te pediría un pequeño favor: escribe tu valoración en Amazon. Para ti supondrán solo 5 minutos, a mí me animará a seguir escribiendo.

Por otro lado, si quieres estar al día de todo lo que publique, puedes hacerlo mediante mi página de Facebook o Instagram:

<https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

<https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, para que sea el propio Amazon quién te avise de mis nuevas publicaciones ;-).

<https://www.amazon.es/1/B07SGG42T8>

¡Gracias!

Novelas anteriores

-Serie Multimillonario&

Novelas románticas contemporáneas ubicadas en la ciudad de Nueva York con protagonistas masculinos descarados y sexys y protagonistas decididas y fuertes.

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

-Serie Las chicas de Snow Bridge

Novelas románticas contemporáneas cortas ubicadas en un pequeño pueblo llamado Snow Bridge donde el amor, la familia y la amistad son los componentes principales.

La chica que perseguía copos de nieve: [leer aquí](#)

La chica que cazaba estrellas fugaces: [leer aquí](#)

-Autoconclusivas

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)